

LA ORGANIZACIÓN DE LA AUTONOMÍA

UN DEBATE DE *SOCIALISME OU BARBARIE*

La puesta en cuestión de las concepciones leninistas de la política desarrollada desde varios frentes en los últimos años, no hizo sino abrir (o reabrir) un debate medular para el pensamiento y la praxis de afanes emancipatorios: el de las formas organizativas. Entre la incólume pervivencia de aparatos partidarios que repiten esquemas instrumentalistas y vanguardistas —sin reparar en lo que ellos han tenido que ver con la crisis histórica de las izquierdas—, y un cierto horizontalismo abstracto, el espontaneísmo ingenuo y la miniaturización de la política que han surgido como reacción, se ha tornado evidente en los últimos tiempos, en la Argentina y en el mundo, la necesidad imperiosa de proseguir los debates y el análisis de experiencias que enriquezcan la caja de herramientas desde la cual pensar los modos de la política postleninista. En los últimos tiempos, una serie de aproximaciones a esta problemática ha dado lugar a una serie de debates e intervenciones. Con todo, se trata de una temática que tiene tras de sí un archivo de reflexiones motivadas por experiencias del pasado capaces de oficiar de insumos relevantes para el pensamiento contemporáneo. El dossier preparado especialmente para la revista por el joven filósofo brasileño Pablo Ortellado —docente de la Universidad de San Pablo (USP), donde se doctoró con una tesis sobre Cornelius Castoriadis, pero además reconocido militante de redes y espacios autónomos—, autor de la introducción y de la selección de textos, husmea en una cantera no suficientemente conocida entre nosotros: la de *Socialisme ou Barbarie*, el grupo francés de Castoriadis y Claude Lefort surgido tras el fin de la segunda guerra mundial. En las polémicas que ellos dos tienen, pero también en las que el filósofo de origen griego sostiene con el marxista consejista holandés Anton Pannekoek, se dibujan algunos de los dilemas que aquejan a los movimientos más interesantes surgidos en los últimos tiempos, y de allí que esas intervenciones, no sólo críticas sino también propositivas, puedan acaso alimentar este debate impostergable.

Castoriadis, Pannekoek, Lefort y los debates sobre la organización obrera en *Socialisme ou Barbarie*

Pablo Ortellado

Cada período histórico se ve obligado a interpretar sus luchas con categorías del pasado. Eso no se debe a algún tipo de debilidad conceptual o interpretativa, sino al simple hecho de que cuando surge un nuevo ciclo de luchas, los arsenales conceptuales disponibles son aquellos forjados en los ciclos anteriores. Es por ello que Lenin y Trotsky utilizaron categorías extraídas de las experiencias de la gran revolución de 1789 y de la Comuna de 1871 para entender la Rusia de inicios del siglo XX; es también por ese motivo que la extrema izquierda francesa utilizó categorías extraídas de la experiencia de los consejos obreros de los años 1910 para explicar Mayo de 1968. Pero el uso de esas categorías no trasluce meramente un incómodo e inevitable anacronismo. Los conceptos que recibimos de ciclos de lucha anteriores mantienen su poder explicativo porque, como recuerda el teórico autonomista portugués João Bernardo, las luchas no se desarrollan en forma lineal, sino en espiral. Así, aún cuando cada ciclo de luchas trae elementos nuevos, en cada uno suelen actualizarse los problemas no resueltos heredados del pasado. Es por ello que podemos todavía leer con interés los textos de Rosa Luxemburgo o de Jean Paul Marat, aún si ellos están a una distancia de cien o doscientos años respecto de nuestro presente.

Socialisme ou Barbarie

Es con esa disposición que queremos recuperar el debate sobre el partido producido entre los militantes de *Socialisme ou Barbarie* en los lejanos años 1950. *Socialisme ou Barbarie* era el nombre del grupo político que editó una revista en Francia entre finales de la década del '40 y mediados de la del '60 del siglo pasado. El grupo fue fundado por militantes trotskistas provenientes de una tendencia del Partido Comunista Internacionalista en 1947. A ese grupo se añadieron luego militantes ligados al bordiguismo (tendencia fundada por el italiano Amadeo Bordiga), y poco a poco se fueron sumando militantes de la extrema izquierda que no se identificaban con las tendencias tradicionales anarquistas o trotskistas. Aun activo solamente por espacio de 20 años, *Socialisme ou Barbarie* sobresalió por una crítica firme

al estalinismo en un período de amplia hegemonía de los partidos comunistas, así como por desarrollar una reflexión teórica original del capitalismo y de los movimientos de resistencia de los trabajadores. Más allá de eso, varios integrantes del grupo adquirieron gran proyección intelectual a partir de los años 1960 y 1970, entre ellos los filósofos Cornelius Castoriadis y Claude Lefort (los fundadores del grupo en 1947), el historiador de la Escuela de los Annales Pierre Souyri, el también filósofo Jean-François Lyotard, el obrero y luego sociólogo del trabajo Daniel Mothé (hoy conocido como Jacques Goutrat) y el psicoanalista Jean Laplanche.

La crítica de *Socialisme ou Barbarie* al régimen soviético partía de la aplicación de una distinción conceptual fundamental para el marxismo. Así como Marx había criticado el derecho burgués, distinguiendo las *relaciones jurídicas* donde todas las personas son iguales ante la ley de las *relaciones de producción* donde en cambio se nota la desigualdad entre capitalistas y trabajadores, *Socialisme ou Barbarie* proponía, en relación a la URSS, distinguir las *relaciones jurídicas* de propiedad de las *relaciones sociales* de producción. A diferencia de Trotsky, que sostenía que el régimen ruso (basado en la planificación de la economía, la estatización de los medios de producción y el monopolio del comercio exterior) era de tipo socialista, aunque con una *degeneración* burocrática, *Socialisme ou Barbarie* argumentaba que Rusia debía ser pensada simplemente como una forma de *capitalismo burocrático*. La estatización de los medios de producción era sólo un velo que encubría la explotación de los trabajadores a manos de los burócratas. Si se colocaba el foco solamente en las relaciones jurídicas de propiedad, todos los rusos aparecían como propietarios colectivos de los medios de producción. Pero si se observaba la realidad de las relaciones sociales de producción se descubría la dominación y la explotación que oponía a los burócratas que dirigían la producción y se beneficiaban de la

repartija de la riqueza social, y los trabajadores que simplemente ejecutaban las órdenes.¹

Este diagnóstico del régimen ruso fue, en la lectura de **Socialisme ou Barbarie**, ratificado por la revolución húngara de 1956, cuando los trabajadores se levantaron contra la burocracia y retomaron el programa socialista de gestión de la sociedad por los consejos, tal como había sucedido al comienzo de la revolución en la propia Rusia, y luego en Alemania y en la misma Hungría hacia el final de los años 1910. Ese socialismo estaría caracterizado por el control de la producción por los propios trabajadores (gestión obrera de la producción o *autogestión*) y por la planificación de la economía por los consumidores, directamente por asambleas de trabajadores y consumidores y, en los consejos, por delegados electos con poderes ejecutivos y con cargos rotativos y revocables.²

Organización y Partido

La necesidad histórica de un programa de ese tipo parecía surgir del ciclo de luchas de los consejos obreros que había sido actualizado por la revolución húngara. Pero ¿de qué manera los militantes podrían contribuir a la *realización* de este programa? La respuesta clásica ofrecida por el leninismo apuntaba a la construcción de un partido político que imprimiese un carácter revolucionario al movimiento de los trabajadores que, abandonado a su propia suerte, tenía una conciencia limitada, reformista y trade-unionista. Pero esa relación entre partido y sindicatos que se establecía en el modelo leninista era una relación de *dirección*, que prefiguraba la dominación de los burócratas sobre los trabajadores. ¿Cómo debían entonces actuar los militantes que defendían la autonomía de los trabajadores? ¿Debían apenas *auxiliar* a los trabajadores en su propia autoorganización espontánea, o debían disputar la orientación política del movimiento por medio de una especie de “partido de la autonomía”? ¿Y cómo se podía escapar a la paradoja de un agrupamiento político (de naturaleza partidaria o no) pensado, esencialmente, para oponerse al control político sobre los trabajadores? Esta es, de manera resumida y esquemática, la cuestión que dividió al grupo *Socialisme ou Barbarie* en los años 1950 y que generó una ruptura, primero en 1952 y luego en 1958, entre sus dos fundadores, Claude Lefort y Cornelius Castoriadis.

En 1953 y 1954, entre las dos rondas de discusión que opusieron a Lefort y Castoriadis, el mismo tema reaparece en un debate

1 Esa crítica se publicó por primera vez en un artículo del segundo número de la revista **Socialisme ou Barbarie** (mayo-junio de 1949) intitulado “Les rapports de production en Russie”, después incluido en el libro de C. Castoriadis, **La société bureaucratique**, París, Christian Bourgois, 1990 (nueva edición), pp. 159-214 (hay traducción al español: **La sociedad burocrática, vol. 1: Las relaciones de producción en Rusia**, Barcelona, Tusquets, 1976).

2 Este programa fue ampliamente descrito en “Sur le contenu du socialisme”, publicado en el número 22 de **Socialisme ou Barbarie** (julio-septiembre de 1957) y después incluido en **Le contenu du socialisme**, París, Union Générale, 1979, pp. 103-221. Hasta donde sé, no existe traducción al castellano, pero sí al portugués: “**Sobre o conteúdo do socialismo II**”, en **Socialismo ou barbárie: o conteúdo do socialismo**, São Paulo, Brasiliense, 1983, pp. 75-156.

entre Castoriadis y Anton Pannekoek, a esa altura ya una leyenda del movimiento obrero europeo.³ El debate nace de la carta que Pannekoek escribe para *Socialisme ou Barbarie* saludando la aparición de la nueva revista, que, a su entender, defendía posiciones políticas muy próximas a las suyas. Castoriadis escribe entonces una réplica a la carta de Pannekoek, dando así lugar a una breve polémica.

En su libro clásico de 1946, **Los Consejos Obreros**, Pannekoek había escrito que “la lucha de los trabajadores contra el capital no es posible sin organización y la organización surge espontáneamente, inmediatamente.”⁴ Pannekoek se oponía a la formación de partidos obreros que buscasen adoctrinar y controlar a los trabajadores. Por su propia naturaleza, los partidos iban contra la autoorganización. “Hay”, decía, “grupos y partidos que pretenden tener la posesión exclusiva de la verdad, que intentan ganar a los trabajadores con su propaganda excluyendo todas las otras opiniones. A través de un constreñimiento moral y cuando tienen poder, también físico intentan imponer sus puntos de vista sobre las masas. Es necesario dejar claro que la enseñanza unilateral de un sistema de doctrinas sirve solamente para crear seguidores obedientes y, por lo tanto, para mantener la vieja o para preparar una nueva dominación.”⁵

Esa perspectiva es defendida en la primer carta que Pannekoek escribe para **Socialisme ou Barbarie** en noviembre de 1953, en la que señala que la perspectiva consejista (y antipartidaria) resolvía el “‘nudo de la contradicción’ del problema de la ‘dirección obrera’”. Al colocar la “organización del poder autónomo expresada por los términos ‘soviets’ o ‘consejos obreros’” tanto al servicio de la “conquista del poder como de la dirección del trabajo productivo después de la conquista”, esa concepción proponía

3 Anton Pannekoek (1873-1960) fue un renombrado astrónomo holandés, teórico de la corriente del comunismo de los consejos. En los primeros años del siglo XX fue activo militante de las corrientes de izquierda del Partido Socialdemócrata Holandés (con Herman Gorter) y del Partido Socialdemócrata Alemán (al lado de Rosa Luxemburgo), teniendo algunas participaciones importantes en los debates de la II Internacional. Fue uno de los primeros críticos marxistas de izquierda del régimen soviético, y sobre todo teórico de la autoorganización de los trabajadores en la forma de los consejos obreros. Escribió **Lenin Filósofo** (1938) [publicado en español en **La Izquierda Comunista Germano-Holandesa contra Lenin**, París, Espartaco Internacional, 2004] y **Los Consejos Obreros** (1946) [Buenos Aires, Proyección, 1976].

4 A. Pannekoek, **Worker's Concils**, Edinburgh, AK Press, 2003, p. 62 (se trata de una reedición de la versión inglesa traducida y ampliada del original holandés por el propio Pannekoek y publicada entre 1947 y 1949 en el periódico australiano **Southern Advocate for Workers' Councils**).

5 *Ibidem*, p. 90. Más adelante, Pannekoek señala, en cambio, que en una sociedad comunista los partidos pueden adquirir un papel legítimo: “aquellos que tienen las mismas ideas formarán grupos para discutirlos para su propio provecho, así como para propagarlas para la ilustración de sus compañeros. Tales grupos podrán ser denominados partidos, pero su carácter será totalmente diferente del de los partidos políticos del mundo anterior. (...) La unidad de propósito sólo puede ser alcanzada por la disputa espiritual de opiniones divergentes. La importante función de los partidos será entonces la de organizar la opinión; sintetizar, por medio de la discusión, las ideas emergentes en formas concisas; clarificar esas ideas; mostrar los argumentos de forma comprensible, y a través de la propaganda ponerlos a conocimiento de todos. Sólo de esa manera los obreros en sus asambleas y consejos podrán juzgar su verdad, sus méritos, su practicabilidad, en cada situación, y tomar la decisión con una clara comprensión.” (p. 92).

una solución a la “imposibilidad de armonizar el poder y la libertad de una clase que gobierna su propio destino, con la exigencia de que ella obedeciese a una dirección formada por un pequeño grupo o partido.” En esta concepción, a los militantes que defienden la autonomía de los trabajadores, cabe apenas “hablar a los obreros, por ejemplo, por medio de tratados populares que esclarezcan sus ideas, explicando los cambios importantes en la sociedad y la necesidad de una dirección de los obreros por ellos mismos en todas sus acciones tanto como en el trabajo productivo futuro.”⁶

Castoriadis discute esa perspectiva en una carta a Pannekoek publicada en el número 14 de **Socialisme ou Barbarie**. Allí advierte que esa visión es un poco “idealista”, por que no considera las disputas de poder que pueden ocurrir en un proceso revolucionario con protagonismo de los consejos obreros (como efectivamente ocurrió, por ejemplo, en la Guerra Civil Española). “Desde la constitución [de estos] organismos,” señala Castoriadis, “la lucha de clases se traslada a su propio seno, a través de los representantes de la mayor parte de los ‘grupos o partidos’ que reivindican la clase obrera pero que en la mayor parte de los casos representan los intereses y la ideología de las clases hostiles al proletariado, como los reformistas y los estalinistas.” Para combatir a esos grupos, entonces, debería desarrollarse una actitud activa a través de una organización partidaria de la autonomía. “Ella debería ser capaz de intervenir en las luchas, combatir la influencia de las organizaciones burocráticas, proponer a los obreros modos de acción y de organización”. Castoriadis no niega los riesgos implícitos en esta forma de actuar, pero estima que son mayores los riesgos de no actuar. “Para algunos compañeros, trazar esta perspectiva es dejar una puerta abierta a una posible degeneración del partido en un sentido burocrático. Mi respuesta es: no trazar esa perspectiva significa aceptar desde ahora la derrota de la revolución o la degeneración burocrática de los Consejos; y eso no como una posibilidad, sino como una certeza.”⁷

La cuestión reparece en términos muy semejantes, cuatro años después, en la polémica que conduce a Castoriadis y Lefort a la ruptura. Lefort concentra sus posiciones en un artículo que conlleva su despedida del grupo, y que se publica en el número 26 de la revista. Para Lefort, la concepción de la política expresada por Castoriadis era, en el fondo, leninista. Esa concepción suponía “un organismo minoritario, selectivo y centralizado” al que le correspondía “elevarse al nivel de las tareas universales de la revolución”, aproximándose así al modelo del **¿Qué Hacer?** en el cual “la conciencia política era introducida desde fuera del proletariado por una fracción organizada”. En oposición a esa

perspectiva, Lefort concebía una actividad militante que consistía no en “enseñar [a los trabajadores], sino en explicitar aquello que se inscribe como tendencia en la vida y en la conducta de los obreros. [...] [El militante es aquel] que partiendo de una crítica o de una lucha de los trabajadores en un sector determinado, intenta formular la dimensión revolucionaria, intenta mostrar como ella pone en jaque el propio hecho de la explotación [...] El militante aparece así como un agente de los trabajadores y ya no como un dirigente”. Los militantes componen “una minoría de elementos activos provenientes de camadas sociales diversas, reunidos en función de un acuerdo ideológico profundo y que se dedican a auxiliar a los trabajadores en sus luchas de clase, a contribuir al desarrollo de los conflictos, a disipar las mistificaciones alimentadas por la clase y por la burocracia dominantes, en fin, a propagar la idea de que los trabajadores, si pretenden defenderse, están obligados a tomar su destino en sus propias manos”.⁸

Castoriadis, una vez más, defiende la organización activa. Propone para ello un tipo de partido que difería del modelo del partido leninista por no asignarle un estatuto epistemológico superior (“científico”), y por estar sustentado en una democracia radical basada en la autonomía de la base en el límite puesto por la unidad de acción, en la democracia directa, y en la elección y revocabilidad de todos los cargos centralizados. Así, la organización autónoma sustituiría la imposición leninista de la verdad científica por un diálogo donde se promovería la perspectiva revolucionaria, al tiempo que, internamente, la autoridad del comité central sería reemplazada por la democracia de los consejos. Esas dos características permitirían eludir la dicotomía entre, por un lado, la organización leninista, y, por otro, la perspectiva de Lefort, que, según Castoriadis, conducía simplemente a la inmovilidad. “La autonomía”, argumenta Castoriadis, “se obtiene a través de una serie de influencias contradictorias; la libertad surge en el curso de la lucha con los otros y contra los otros. Respetar la libertad de alguien no significa evitarlo: es tratarlo como adulto y decirle lo que se piensa. Respetar su libertad no como moralista, sino como revolucionario, significa ayudarlo a hacer aquello que le proporcione esa libertad, no en un futuro hipotético, sino en el aquí y ahora; no instaurar el socialismo por él, sino ayudarlo a realizar actos socialistas desde hoy”⁹.

Al final del artículo, Castoriadis desliza lo que a su parecer es el punto central de la divergencia con Lefort: la cuestión de la centralización y la unidad en la acción. Para Castoriadis, la unidad en la acción es organización: “el ‘rechazo de la centralización’ significa inmediatamente el rechazo de la *unidad* de la organización y en última instancia, en la práctica, el rechazo de la organización pura y simple, por lo menos menos en la medida en que se trata

6 Esta carta fue publicada en el número 14 de **Socialisme ou Barbarie** (abril-junio de 1954), y más recientemente reeditada como “La première lettre de Pannekoek” en Pierre Chalieu (Cornelius Castoriadis) - Anton Pannekoek: Correspondance, 1953-1954, París, Echanges et Mouvement, s.d. [2001], pp. 12-13.

7 “Réponse au camarade Pannekoek”, publicado originalmente en el número 14 de **Socialisme ou Barbarie** (abril-junio de 1954), y después reproducido en *L'expérience du mouvement ouvrier*, tome 1, París, Union Générale, 1974, y también en *ibidem* pp. 15 y 17 (hay traducción al español: “Respuesta al camarada Pannekoek”, en **La experiencia del movimiento obrero**, vol. 1: cómo luchar, Barcelona, Tusquets, 1979, pp. 195-214).

8 “Organisation et parti”, publicado originalmente en el número 26 de **Socialisme ou Barbarie** (noviembre-diciembre de 1958) y reproducido después en *Éléments d'une critique de la bureaucratie*, París, Gallimard, 1979, pp. 103-104, 110-111.

9 “Proletariat et organisation II”, publicado originalmente en el número 28 de **Socialisme ou Barbarie** (julio-agosto de 1959) y reproducido luego en *L'expérience du mouvement ouvrier*, tome 2, París, Union Générale, 1974 (Traducido al español como “Proletariado y organización II”, en **La experiencia del movimiento obrero**, vol. 2: proletariado y organización, Barcelona, Tusquets, 1979, pp. 141-184).

de una organización de acción”. La unidad aumenta la eficacia de la acción, concentrando en un mismo objetivo todos los esfuerzos colectivos que, de otro modo, estarían individualizados y fragmentados. Defender, como hace Lefort, una “organización flexible” que “rechaza la centralización”, significa también negar la democracia obrera: esto es, la posibilidad de que los trabajadores se reúnan para “el intercambio de argumentos” buscando “arribar a decisiones mejor fundamentadas” que les permitan “actuar en conjunto”. Ese es, para Castoriadis, el fundamento del principio de mayoría en la democracia directa y en la democracia de los consejos.¹⁰

[Traducido por Martín Bergel de la versión original en portugués]

10 Ibidem, pp. 221-222.

Correspondencia Pannekoek-Castoriadis

1) Carta de Pannekoek a Castoriadis, 8 de noviembre de 1953.

Le agradezco por la serie de 11 números de **Socialisme ou Barbarie** que usted me envió a través del camarada B... Los he leído (aunque no finalizado), con un gran interés, a causa de la concordancia de miradas que revela que existe entre nosotros. Usted habrá tenido la misma constatación con la lectura de mi libro **Los Consejos Obreros**. Durante años, me pareció que el número de socialistas que desarrollaban estas ideas no había aumentado. El libro fue ignorado y silenciado por la totalidad de la prensa socialista (salvo, recientemente por el **Socialist Leader**, del ILP). Por ello me puso feliz conocer a un grupo que llegó a estas mismas ideas por una vía independiente. La dominación completa de los trabajadores sobre el propio trabajo, que ustedes expresan diciendo "los productores organizan ellos mismos la gestión de la producción", yo la describí en los capítulos sobre "La organización de los talleres" y "La organización social". Aquellos organismos que los obreros tienen necesidad para deliberar, formar asambleas de delegados, y que ustedes llaman "organismos soviéticos", son los mismos que nosotros llamamos "Consejos Obreros", "Arbeiterräte", "Workers' Councils".

Por supuesto que hay diferencia. Yo las abordaré, considerando esto como un ensayo de contribución a la discusión en vuestra revista. Mientras que ustedes restringen la actividad de esos organismos a la organización del trabajo en las fábricas, después de la toma del poder social por los trabajadores, nosotros los consideramos como siendo los organismos a través de los cuales los obreros conquistarán el poder. Para conquistar el poder nosotros no tenemos nada que hacer con un "Partido revolucionario", que tomara la dirección de la revolución proletaria. Ese "partido revolucionario" es un concepto trotskista que encuentra adhesión (desde 1930), entre numerosos ex partidarios del PC, decepcionados por la práctica de este último. Nuestra oposición y crítica se remonta a los primeros años de la Revolución Rusa y estaban dirigidas contra Lenin, suscitadas por su giro hacia el oportunismo político. Así, nosotros nos quedamos fuera de la vía del trotskismo; nunca estuvimos bajo su influencia. Nosotros consideramos a Trotsky como el portavoz más hábil del bolchevismo, que debía haber sido el sucesor de Lenin. Pero después de haber reconocido en Rusia un capitalismo de Estado naciente, nuestra atención se orientó principalmente hacia el mundo europeo del gran capital, ahí donde los trabajadores debían transformar el capitalismo más altamente desarrollado en un comunismo real (en el sentido literal del término). Trotsky, por su fervor disidente, cautivó a los disidentes del stalinismo que habían sido arrojados del PC e, inoculándoles el virus del bolchevismo, tornándolos así incapaces de comprender las nuevas grandes tareas de la revolución proletaria.

Dado que la revolución rusa y sus ideas tienen todavía una gran influencia sobre los espíritus, resulta necesario penetrar más

profundamente en su carácter fundamental. Se trató, en una palabra, de la última revolución burguesa, pero que fue la obra de la clase obrera. Revolución burguesa significa una revolución que destruye el feudalismo y abre la vía a la industrialización, con todas las consecuencias que ello implica. La Revolución Rusa está entonces en la línea de la Revolución Inglesa de 1647 y de la Revolución Francesa de 1789 con su continuación en 1830, 1848 y 1871. En el curso de estas revoluciones, los artesanos, los campesinos y los obreros aportaron el poder masivo necesario para destruir el antiguo régimen. De inmediato, los comités y los partidos representantes de las capas ricas que constituían la futura clase dominante, ascendieron a un primer plano y se apropiaron del poder gubernamental. Era la salida natural, pues la clase obrera todavía no estaba madura para autogobernarse; la nueva sociedad era así una sociedad de clases donde los trabajadores eran explotados; y la clase dominante tenía necesidad de un gobierno compuesto de una minoría de funcionarios y de hombres políticos. La revolución rusa, que remite a una época más reciente, pareció ser una revolución proletaria; pues los obreros fueron los autores a través de las huelgas y las acciones de masa. Enseguida, sin embargo, el partido bolchevique logró tomar las riendas del poder (la clase trabajadora era una pequeña minoría en la población campesina).

Así, el carácter burgués (en el sentido amplio) de la revolución rusa devino dominante y tomó la forma de un capitalismo de Estado. Desde allí, en lo que concierne a su influencia ideológica y espiritual en el mundo, la revolución rusa se convirtió en el opuesto exacto de la revolución proletaria que debe liberar los obreros y hacerlos dueños del aparato productivo.

Para nosotros, la tradición gloriosa de la revolución rusa consiste en que, en sus primeras explosiones de 1905 y en 1917, fue la primera en desarrollar y mostrar a los trabajadores del mundo entero, la forma organizacional revolucionaria autónoma, los *soviets*. De esta experiencia, confirmada más tarde, en pequeña escala, en Alemania, nosotros extrajimos nuestra idea sobre la acción de masas que es propia de la clase obrera y que ésta deberá aplicar para su propia liberación.

Exactamente en lo opuesto vemos las tradiciones, las ideas y los métodos surgidos de la revolución rusa, cuando el PC se apoderó del poder. Estas ideas, que sirven únicamente de obstáculo a una acción proletaria correcta, constituyen la esencia y la base de la propaganda de Trotsky.

Nuestra conclusión es que las formas de organización de poder autónomo, expresadas en los soviets o Consejos Obreros deben servir tanto para la conquista del poder como en la dirección del trabajo productivo después de la conquista. Primero, porque el poder de los trabajadores sobre la sociedad no puede ser obtenido de otra manera, por ejemplo, por medio de aquello que se llama partido revolucionario. Segundo, porque los soviets, que

serán luego necesarios para la producción, no pueden formarse sino en la lucha de clases por la conquista del poder.

Me parece que en este concepto el “nudo de la contradicción” del problema de la “dirección revolucionaria” desaparece. Pues la fuente de contradicciones es la imposibilidad de armonizar el poder y la libertad de una clase gobernando su propio destino, con la exigencia de que ella obedeciese a una dirección formada por un pequeño grupo o partido. Pero ¿podemos nosotros mantener tal exigencia? Esta contradice claramente la idea más citada de Marx, a saber, que la liberación de los trabajadores será obra de los propios trabajadores. Aún más, la revolución proletaria no puede ser comparada con una rebelión única o una campaña militar dirigida por un comando central, ni siquiera en un período de luchas semejante como el de la gran Revolución Francesa que no fue sino un episodio en el ascenso de la burguesía al poder. La revolución proletaria es mucho más vasta y profunda; ella es el ascenso de las masas del pueblo a la conciencia de su existencia y de su carácter. Ella no será una convulsión única; ella será el contenido completo de un período en la historia de la humanidad, en la cual la clase obrera descubrirá y realizará sus propias facultades y potencial, así como sus propios objetivos y métodos de lucha. Yo me ocupé de elaborar algunos aspectos de esta revolución en mi libro **Los Consejos Obreros**, en el capítulo titulado “La revolución obrera”. Claro está, esto no nos provee sino de un esquema abstracto, que se puede utilizar para poner adelante las diversas fuerzas en acción y sus relaciones.

Ahora bien, puede que usted pregunte: pero entonces, en el marco de esta orientación ¿para qué sirve un partido o un grupo, y cuáles son sus tareas? Podemos estar seguros de que nuestro grupo no llegará a comandar las masas laboriosas en su acción revolucionaria; al costado nuestro hay una media docena y otros más grupos y partidos que se llaman revolucionarios, pero que difieren en sus programas y sus ideas; y comparados con el gran partido socialista, no son sino liliputienses. En el marco de la discusión desarrollada en el número 10 de vuestra revista, fue dicho que nuestra tarea es, y con razón, principalmente teórica: encontrar e indicar, mediante el estudio y la discusión, el mejor camino de acción para la clase obrera. Sin embargo, la educación basada en ello no debe estar dirigida solamente a los miembros del partido o grupo, sino a las masas o la clase obrera. Son ellos los que tienen que decidir en sus reuniones de fábrica y de consejos, la mejor manera de actuar. Pero, para que ellos decidan de la mejor manera posible, tienen que ser esclarecidos por opiniones bien consideradas, y provenientes de la mayor cantidad de sectores posibles. En consecuencia, este grupo que proclama que la acción autónoma de la clase obrera es la fuerza principal de la revolución socialista considerará que su tarea principal es ir a hablar a los obreros: por ejemplo a través de volantes populares que esclarezcan sus ideas, explicando los cambios importantes de la sociedad y la necesidad de una dirección de los obreros por ellos mismos en todas sus acciones tanto como en el trabajo productivo futuro.

Usted tiene aquí algunas de las reflexiones que me suscitó la lectura de las discusiones altamente interesantes publicadas en su revista. En más, debo decir cuan satisfecho estoy...

2) Primera respuesta de Pierre Chaulieu (Castoriadis) a Pannekoek [sin fecha].

Su carta produjo una gran satisfacción en el grupo de camaradas; satisfacción por el hecho de que nuestro trabajo sea apreciado por un camarada tan considerado como usted, que consagró toda su vida al proletariado y al socialismo; satisfacción de tener un acuerdo profundo sobre ciertos puntos fundamentales; satisfacción de poder discutir con usted y enriquecer así nuestra revista con este debate.

Antes de discurrir sobre los dos puntos centrales de su carta (naturaleza de la revolución rusa, concepción y rol del partido), quisiera señalar los puntos sobre los cuales se basa nuestro acuerdo: autonomía de la clase obrera, a la vez como medio y como fin de su acción histórica; poder total del proletariado sobre el plano económico y político como único contenido concreto del socialismo. En este sentido, quisiera disipar un malentendido. No es correcto que nosotros restringimos “la actividad de esos organismos (soviéticos) a la organización del trabajo en las fábricas, después de la toma del poder...”. Nosotros pensamos que la actividad de los organismos soviéticos (o Consejos Obreros) después de la toma del poder se extenderá a la organización total de la vida social; es decir, que mientras sea necesario que haya un organismo de poder, su rol será cumplido por los Consejos Obreros. Tampoco es correcto que estemos pensando en algún rol para los Consejos Obreros solamente para el momento siguiente a la “toma del poder”. Al mismo tiempo, la experiencia histórica y la reflexión muestran que los Consejos no serían organismos que expresen verdaderamente la clase trabajadora si éstos fueran creados, por decirlo de alguna manera, por decreto el día después de una revolución victoriosa. Ellos no serán algo sino en la medida en que sean creados espontáneamente por un movimiento de la clase, esto es, antes de la “toma del poder”; y si es así, es evidente que tendrán un rol primordial durante todo el período revolucionario, cuyo comienzo preciso está marcado (como decía yo en mi texto sobre el partido, en el número 10 de la revista) por la constitución de los organismos autónomos de masa.

Pero donde hay, en efecto, una diferencia de opinión entre nosotros, es sobre la cuestión de saber si durante el período revolucionario esos Consejos son el único organismo que juega un rol efectivo en la dirección de la revolución y, en menor medida, cuál es el rol y la tarea de los revolucionarios de aquí hasta allá. Es decir, “la cuestión del partido”.

Usted dice que para conquistar el poder, no necesitamos de un partido revolucionario que tome la dirección de la revolución proletaria. Y más lejos, después de recordar a justo título que hay, al lado nuestro, una media docena de partidos que se reivindicán representantes de la clase obrera, usted agrega: “Para que ellas (las masas en sus Consejos) decidan de la mejor manera posible, deben ser esclarecidas por opiniones bien consideradas y procedentes de la mayor cantidad de sectores posibles”. Me temo que esta visión de las cosas no se corresponde en nada a los rasgos más ciegos y más profundos de la situación actual, así como a los rasgos más previsibles de la clase obrera. Pues los otros

grupos y partidos de los cuales usted habla no representan simplemente opiniones diferentes sobre la mejor manera de hacer la revolución, y por ello mismo las sesiones del Consejo no serán calmas reuniones de reflexión donde, después de la opinión de diversos consejeros (los diversos grupos y partidos), la clase obrera se decidirá a seguir tal o cual vía. A partir de la constitución de los organismos de la clase obrera, la lucha de clases será trasladada al seno de los organismos; ella será trasladada por la mayor parte de los representantes de los diversos “grupos y partidos” que reivindican la clase obrera; pero que en la mayor parte de los casos representan intereses e ideologías hostiles al proletariado, como los reformistas y los stalinistas. Y aun si no se encuentran bajo esta forma actual, éstos se encontrarán bajo otra forma; estemos seguros de ello. De manera verosímil, ellos tendrán desde el comienzo una posición predominante. Y toda la experiencia de los últimos veinte años —la guerra de España, la Ocupación, incluidas las experiencias de reuniones sindicales más pequeñas de la actualidad— nos enseña que los militantes que tienen nuestra opinión tendrán que conquistar por la lucha incluso *el derecho a la palabra* en el seno de esos organismos.

La intensificación de la lucha de clases durante el período revolucionario tomará inevitablemente la forma de la intensificación de la lucha de las diversas fracciones en el seno de los organismos de masas. En estas condiciones, decir que una organización revolucionaria de vanguardia se limitará a “instruir mediante opiniones bien consideradas” a los consejos es, creo, lo que en inglés se llama un “understatement”. Desde luego, si resulta que los Consejos del período revolucionario son asambleas de sabios en las que nadie turba la tranquilidad necesaria para una reflexión bien sopesada, seríamos los primeros en felicitarnos por ello; estamos seguros, en efecto, que nuestro parecer prevalecería si las cosas sucediesen de ese modo. Pero sólo en este caso podría el “partido o grupo” limitarse a las tareas que usted le asigna. Y este caso es con mucho el más improbable. La clase obrera que formará estos consejos no será una clase diferente de la que existe en la actualidad; habrá dado un enorme paso hacia delante, pero, tomando una expresión célebre, todavía llevará los estigmas de la situación de la que procede. Todavía estará dominada en su superficie por influencias profundamente hostiles, a las que en un principio sólo se opondrán su voluntad revolucionaria todavía confusa y una vanguardia todavía minoritaria. Esta, con todos los medios compatibles con nuestra idea fundamental de la autonomía de la clase obrera, tendrá que aumentar y profundizar su influencia en los consejos, y ganar para su programa a la mayoría. Incluso quizás tenga que actuar *antes*. ¿Qué tendrá que hacer si, representando a un 45% de los consejos, llega a su conocimiento que un partido neostalinista cualquiera se prepara para tomar el poder al día siguiente? ¿No tendrá que intentar apoderarse de él inmediatamente?

No creo que usted esté en desacuerdo con todo esto; creo que a lo que usted apunta sobre todo en sus críticas es a la idea del partido como “dirección revolucionaria”. Sin embargo, he intentado explicar que el partido no podía ser la dirección de la clase, ni antes, ni después de la revolución: ni antes, porque la clase no le sigue y porque a lo sumo sólo podría dirigir a una minoría (y aun así, “dirigirla” en un sentido muy relativo: influen-

ciarla mediante sus ideas y su acción ejemplar); ni después, ya que el poder proletario no puede ser el poder del partido, sino el poder de la clase en sus organismos autónomos de masas. El único momento en que el partido puede acercarse a un papel de dirección efectiva, de cuerpo que intenta imponer su voluntad incluso por la violencia, puede ser en una cierta fase del período revolucionario que precede inmediatamente al desenlace de éste; algunas decisiones prácticas importantes pueden tener que ser tomadas en otro lugar distinto a los consejos si los representantes de organizaciones de hecho contrarrevolucionarias participan en ellos, y el partido puede comprometerse bajo la presión de las circunstancias en una acción decisiva incluso si no es seguido en los votos por la mayoría de la clase. El hecho de que actuando de ese modo el partido no actúe como un cuerpo burocrático cuyo objetivo es imponer su voluntad a la clase, sino como la expresión histórica de la propia clase, depende de una serie de factores, sobre los que ya se puede discutir ahora en abstracto, pero cuya apreciación concreta sólo podrá manifestarse en aquel momento: qué proporción de la clase está de acuerdo con el programa del partido, en qué estado ideológico está el resto de la clase, cómo se desarrolla la lucha contra las tendencias contrarrevolucionarias en el seno de los consejos, qué perspectivas ulteriores hay, etc. Establecer desde ahora una serie de reglas de conducta para los diversos casos posibles sería sin duda pueril; podemos estar seguros de que los únicos casos que se presentarán serán los casos no previstos.

Hay camaradas que dicen: trazar esa perspectiva es dejar el camino abierto a una posible degeneración del partido en el sentido burocrático. La respuesta es: no trazarla significa aceptar desde ahora la derrota de la revolución o la degeneración burocrática de los consejos, y ello ya no como una posibilidad, sino como una certidumbre. En resumidas cuentas, negarse a actuar por miedo a transformarse en burócrata me parece tan absurdo como renunciar a pensar por miedo a equivocarse. Del mismo modo que la única “garantía” contra el error consiste en el ejercicio del propio pensamiento, la única “garantía” contra la burocratización consiste en una acción permanente en un sentido antiburocrático, luchando contra la burocracia y demostrando en la práctica que es posible una organización no burocrática de la vanguardia, y que a su vez puede organizar relaciones no burocráticas con la clase. Pues la burocracia no nace de concepciones teóricas falsas, sino de las propias necesidades de la acción obrera en una cierta etapa de ésta, y es en la acción donde el proletariado debe demostrar que puede prescindir de la burocracia. En resumidas cuentas, permanecer sobre todo preocupado por el miedo a la burocratización es olvidar que en las condiciones actuales una organización sólo podrá conseguir una influencia notable en las masas si es capaz de expresar y realizar sus aspiraciones antiburocráticas; es olvidar que un grupo de vanguardia sólo podrá lograr una verdadera existencia si se modela perpetuamente sobre estas aspiraciones de las masas; es olvidar que ya no hay espacio libre que pudiera ocupar una nueva organización burocrática. Y esto es lo que explica en última instancia el permanente fracaso de los intentos trotskistas por crear de nuevo pura y simplemente una organización “bolchevique”.

Añadiré para concluir lo dicho sobre el asunto que tampoco creo que se pueda decir que en el período actual (y de ahora a la revolución) la tarea de un grupo de vanguardia sea una tarea “teórica”. Creo que esa tarea también es —es sobre todo— de lucha y organización. Pues la lucha de clases es permanente, a través de sus alzas y sus bajas, y la maduración ideológica de la clase obrera se realiza a través de esa lucha. Ahora bien, el proletariado actualmente está dominado por las organizaciones (sindicatos y partidos) burocráticas, con lo cual las luchas se vuelven imposibles, son desviadas de su objetivo de clase o conducidas a la derrota. Una organización de vanguardia no puede asistir indiferente a ese espectáculo, ni limitarse a aparecer como el búho de Minerva al anochecer, que deja caer de su pico octavillas que explican a los obreros la razón de su derrota. Ha de ser capaz de intervenir en esas luchas, combatir la influencia de las organizaciones burocráticas, proponer a los obreros modos de acción y de organización: e incluso a veces ha de ser capaz de imponerlos. En ciertos casos, quince obreros resueltos de la vanguardia pueden poner en huelga una fábrica de cinco mil, si están dispuestos a arrollar a algunos burócratas estalinistas, lo cual ni es teórico, y ni siquiera democrático, ya que esos burócratas siempre han sido elegidos por los propios obreros con una mayoría de votos bastante confortable.

Ante de terminar esta respuesta querría añadir dos palabras sobre nuestra segunda divergencia, que a simple vista sólo tiene un carácter teórico: la relativa a la naturaleza de la revolución rusa. Creo que caracterizar a la revolución rusa como una revolución burguesa es violentar los hechos, las ideas y el lenguaje. Que en la revolución rusa hubo varios elementos de una revolución burguesa en particular, la “realización de las tareas burguesas democráticas” es algo que siempre ha sido reconocido e, incluso antes de la propia revolución, Lenin y Trotsky los utilizaron como base de su estrategia y de su táctica. Pero en aquella etapa precisa del desarrollo histórico y con la configuración de las fuerzas sociales en Rusia, esas tareas sólo podía abordarlas la clase obrera que, al hacerlo, no tendría más remedio que plantearse al mismo tiempo tareas esencialmente socialistas.

Usted dice: la participación de los obreros no basta para definir el movimiento. Por supuesto, desde el momento que un combate se convierte en un combate de masas, los obreros están presentes, ya que son las masas. Sin embargo, el criterio no es éste; se trata de saber si los obreros se encuentran allí como la pura y simple infantería de la burguesía o si combaten por sus propios objetivos. En una revolución en la que los obreros luchan por la “Libertad, Igualdad y Fraternidad” —y cualquiera que sea el significado que subjetivamente dan a esas consignas—, son la infantería de la burguesía. Cuando luchan por “Todo el poder a los soviets”, luchan por el socialismo. La revolución rusa fue una revolución proletaria porque el proletariado intervino en ella como fuerza dominante con su propia bandera, a cara descubierta, con sus reivindicaciones, sus medios de lucha, sus propias formas de organización: no sólo constituyó organismos de masas que tendían a apropiarse de todo el poder, sino que incluso llegó a la expropiación de los capitalistas y empezó a realizar la gestión obrera de las fábricas. Todo esto convierte a la revolución rusa en una revolución proletaria, cualquiera que haya podido ser

su suerte posterior, del mismo modo que ni sus debilidades, ni su confusión, ni su derrota final, impiden que la Comuna de París haya sido una revolución proletaria.

Esta divergencia puede parecer a simple vista teórica; sin embargo, creo que tiene una importancia práctica en la medida que manifiesta una diferencia de metodología con respecto a un problema actual por excelencia: el problema de la burocracia. El hecho de que la degeneración de la revolución rusa no haya dado lugar a una restauración de la burguesía, sino a la formación de una nueva capa explotadora, la burocracia; que el régimen que dirige esta capa, a pesar de su profunda similitud con el capitalismo (en tanto que dominación del trabajo muerto sobre el trabajo vivo), difiera de él en una gran cantidad de aspectos que no se pueden desdeñar so pena de condenarse a no comprenderlo; que esa misma capa, desde 1945, esté extendiendo su dominación en el mundo; que en los países de Europa occidental esté representada por partidos profundamente arraigados en la clase obrera, todo esto nos obliga a pensar que limitarse a decir que la revolución rusa fue una revolución burguesa equivale a cerrar los ojos voluntariamente ante las características más importantes de la situación mundial *hoy día*.

Confío en que esta discusión proseguirá y se profundizará, y creo inútil repetirle que acogeremos con profundo placer en **Socialismo o Barbarie** todo lo que tenga a bien enviarnos.

Fraternalmente

3) Segunda carta de Pannekoek a Castoriadis, 15 de junio de 1954.

He podido constatar con gran placer que usted ha publicado en la revista **Socialisme ou Barbarie** una traducción de mi carta, con notas críticas, a fin de hacer participar a vuestros lectores en esta discusión sobre cuestiones fundamentales. Ya que usted expresó el deseo de seguir la discusión, le envío algunas observaciones a su respuesta. Naturalmente, hay divergencias de opinión que pueden aparecer en la discusión con mayor claridad. Tales divergencias son el resultado de una apreciación diferente de aquello que se consideran como los puntos más importantes; lo cual a su vez está relacionado con nuestras experiencias prácticas o con el medio en el cual uno se halla. En mi caso, fue el estudio de las huelgas políticas en Bélgica (1893), Rusia (1905 y 1917), en Alemania (1917 y 1919); estudios a partir de los cuales traté de llegar a una comprensión clara del carácter fundamental de estas acciones. En su caso, su grupo vive y trabaja en medio de la agitación de clase de los obreros de una gran ciudad industrial. En consecuencia, su atención está concentrada en problemas prácticos: ¿cómo podrían desarrollarse métodos de lucha eficaces, más allá de la lucha ineficaz de los partidos y de las huelgas potenciales de hoy?

Naturalmente, no pretendo que las acciones revolucionarias de la clase obrera se desarrollen en una atmósfera de discusión tranquila. Lo que pretendo es que el resultado de la lucha, por lo general violenta, no sea determinado por circunstancias accidentales, sino por aquello que vive en el pensamiento los

obreros, como la base de una conciencia social adquirida por la experiencia, el estudio o las discusiones. Si el personal de una fábrica debe decidir hacer huelga o no, la decisión no debe ser tomada a golpes de puño en la mesa, sino normalmente mediante la discusión.

Usted plantea el problema de manera completamente práctica: ¿que haría el partido si tuviera detrás suyo el 45% de los miembros del consejo y si esperara que otro partido (neoestalinista que trataría de alcanzar el poder) tratara de alcanzar el poder por la fuerza? Su respuesta es: habría que adelantarse haciendo aquello que nosotros tememos que ellos hagan. ¿Cuál sería el resultado definitivo de esa acción? Mire lo que pasó en Rusia. Allí existía un partido con buenas intenciones revolucionarias, influenciado por el marxismo, y asegurado, además, por el apoyo de los consejos ya formados por los obreros. Sin embargo, éste fue obligado a tomar el poder y el resultado fue el stalinismo totalitario (si yo digo “fue obligado” es porque las circunstancias no estaban suficientemente maduras para una revolución proletaria). En el mundo occidental donde el capitalismo está más desarrollado, las circunstancias están ciertamente más maduras; teniendo en cuenta que la medida vendría a ser el desarrollo de la lucha de clases. Tengo que hacerle entonces una pregunta: la lucha del partido que usted propone, ¿salvaría la revolución proletaria? En realidad me parece que sería un nuevo paso hacia una nueva opresión.

Ciertamente, siempre habrá dificultades. Si la situación francesa o mundial exigiera una lucha en masa de los obreros, los partidos comunistas intentarían rápidamente transformar su acción en una demostración pro-rusa en el marco del partido. Es necesario llevar a cabo una lucha enérgica contra esos partidos. Pero no podemos vencerlos copiando sus métodos. Esto no es posible sino practicando métodos propios. La verdadera forma de acción de la clase en lucha es la fuerza de los argumentos, basada sobre el principio fundamental de la autonomía de las decisiones. Los obreros no podrán prevenir una opresión proveniente del partido comunista sino es a través del desarrollo y el fortalecimiento de su propia poder de clase. Ello no quiere decir otra cosa que la voluntad unánime de tomar los medios de producción bajo su control y gestionarlos.

La condición principal para la conquista de la libertad de la clase obrera es que la concepción del autogobierno y de la autogestión del aparato productivo esté arraigada en la conciencia de las masas. Esto concuerda, en cierta manera, con la visión de Jaurés sobre la Constituyente en su **Historia socialista de la revolución francesa**. Esta asamblea, muy nueva, que discutía los proyectos políticos, supo, apenas reunida, dismantelar todas las maniobras de la Corte. ¿Por qué? Porque ella era portadora de algunas grandes ideas abstractas, maduras largamente y con seriedad, que le daban una visión clara de la situación.

Claro que los dos casos no son idénticos. Aquí, en lugar de las grandes ideas de la Revolución Francesa, se trata de las grandes ideas sociales de los obreros, es decir, la gestión de la producción a través de la cooperación organizada. En lugar de 500 diputados seguros de sus ideas abstractas adquiridas mediante el estudio, los trabajadores serán millones guiados por la expe-

riencia de toda una vida de explotación en un trabajo productivo. He aquí porque yo veo las cosas de la manera siguiente: la tarea más noble y más útil de un partido revolucionario es, mediante la acción y la propaganda en miles de diarios, volantes, etc., enriquecer el conocimiento de las masas hacia una conciencia cada vez más clara y más vasta.

Ahora digamos algunas palabras sobre el carácter de la revolución rusa. La traducción inglesa “middle classe revolution”, por la de “revolución burguesa” no expresa exactamente su significación. Cuando en Inglaterra las susodichas clases medias tomaron el poder, ellas estaban compuestas en parte por pequeños capitalistas u hombres de negocios, propietarios del aparato industrial de producción. La lucha de masas era necesaria para expulsar a la aristocracia del poder, pero pese a ello, esta masa no era todavía capaz de tomar los medios de producción. Pues los obreros no pueden alcanzar la capacidad espiritual, moral y organizativa para hacerlo, sino a través de la lucha de clases en un capitalismo bastante desarrollado. En Rusia no existía una burguesía de cierta importancia; la consecuencia de ello fue que de la vanguardia de la revolución surgiría una nueva clase media como clase dirigente del trabajo productivo, que gestionaría el aparato productivo, no como un conjunto de propietarios individuales que poseen cada uno su parte de ese aparato de producción, sino como propietarios colectivos del aparato de producción en su totalidad.

En general, nosotros podemos decir: si las masas trabajadoras (puesto que ellas son el producto de las condiciones precapitalistas) no son todavía capaces de tomar la producción en sus propias manos, inevitablemente esto tendrá como resultado una nueva clase dirigente que se convertirá en dueña de la producción. Es esta concordancia la que me conducía a afirmar que la revolución rusa (en su carácter esencial y permanente) era una revolución burguesa. Claro que el poder del proletariado era necesario para destruir el poder del antiguo sistema (y eso fue una lección para los trabajadores del mundo entero). Pero una revolución social no puede obtener más de lo que le corresponde de acuerdo al carácter de las clases revolucionarias. Y si era necesaria la mayor radicalidad para vencer todas las resistencias, más tarde sería necesario dar marcha atrás.

Esto parece ser una regla general de todas las revoluciones hasta nuestros días: hasta 1793, momento en el cual la revolución francesa se hizo cada vez más radical; momento en el cual los campesinos se transformaron definitivamente en propietarios de sus propias tierras, y los ejércitos extranjeros fueron rechazados; en ese momento los jacobinos fueron masacrados y el capitalismo hizo su entrada como nuevo amo. Cuando las cosas se miran de esta manera, se constata que el curso de la revolución rusa fue el mismo que el de las revoluciones precedentes que tomaron el poder; en Inglaterra, Francia, Alemania. La revolución rusa no fue una revolución proletaria prematura. La revolución proletaria pertenece al futuro.

Espero que esta explicación, aunque no contenga argumentos nuevos, pueda ayudar a clarificar algunas divergencias de nuestros puntos de vista.

4) Segunda respuesta de Chaulieu (Castoriadis), 22 de agosto de 1954.

Discúlpeme por contestarle con un cierto retraso a su carta del 15 de junio. No estaba en París y no quise responder sin haber conversado antes con los camaradas del grupo. Entre tanto, recibí la otra carta del 10 de agosto, con el argumento de la “ética marxista”, que habíamos discutido.

Con respecto a su carta del 15 de junio, hemos decidido de manera unánime publicarla en el próximo número (18) de **Socialismo o Barbarie**. Ella podrá ayudar a los lectores a comprender su punto de vista, tanto en lo que respecta a la cuestión del partido como aquella sobre el carácter de la Revolución Rusa. Con respecto a mí, no creo que tenga nada importante que agregar a lo dicho en el número 14. Solamente quisiera observar que yo nunca pensé que “podríamos vencer al PC copiando sus métodos” y que yo siempre dije que la clase obrera (o su vanguardia) necesita un modo de organización nuevo, que corresponde a la necesidad de luchar contra la burocracia; no solamente la burocracia exterior y realizada (la del PC), sino también a la burocracia interior potencial. Yo dije: la clase obrera necesita una organización antes de los Consejos. Usted me responde: “no necesita una organización de tipo staliniana”. Estamos de acuerdo, pero esta tesis exige que usted muestre que la organización staliniana es la única realizable. Pienso que en ese terreno de la discusión no se puede avanzar mucho. Tengo la intención de retomar el problema a partir del texto “Intelectuales y Obreros”, publicado en el número 14 de **Socialismo o Barbarie** y espero publicar un artículo sobre eso en el número 16. Supongo que en ese momento podremos retomar la discusión de una manera fecunda.

Respecto de su artículo contra Rubel, nosotros pensamos que era muy difícil publicar una crítica de un libro que todavía no fue publicado. La tesis de Rubel está dactilografiada. Los lectores y nosotros mismos no la conocemos sino a través de la reseña hecha en **Le Monde** por Jean Lecroix, quien, si no me equivoco, debe haber asistido a la defensa de tesis y que verdaderamente no la debe haber leído. En todo caso, me parece difícil hacer una crítica a partir de la reseña aparecida en un diario. Es cierto que Rubel ya había expuesto esta concepción, la que, como usted dice, no es novedosa, en su introducción “Pages choisies de Marx”; pero ya que él se toma el trabajo de escribir un libro sobre el tema, la gente pensará que nosotros deberíamos esperar y ver el desarrollo de sus posiciones y la argumentación que la acompaña. Pues, por el momento, estamos a punto de discutir sobre un vocablo. Le pedimos entonces esperar a la publicación del libro de Rubel: le enviaremos un ejemplar apenas sea publicado, y tal vez usted constate que no sea necesario cambiar una sola palabra de su artículo, pero nosotros habremos cumplido con las reglas de la corrección literaria.

P.D. Fue sin duda un malentendido que usted haya creído que se deslizó un error en la traducción de su carta. La expresión (pág. 40, línea 13, número 14), “nosotros no tenemos nada que hacer con un Partido Revolucionario”, es un galicismo que significa “nosotros no necesitamos, a nosotros no nos sirve un Partido

Revolucionario”. Es una traducción próxima de nuestro inglés “we have no use for”.

5) Respuesta de Pannekoek a Chaulieu (Castoriadis), 3 de septiembre de 1954.

Gracias por su carta del 22 de agosto. Permítame usted invertir el orden de los temas y tratar antes el artículo contra Rubel. Hace tiempo que leí *Pages Choisies*, pero sin prestarle mucha atención, aun si en la correspondencia que mantuvimos [con Rubel], él introdujo muchas afirmaciones éticas y pese a que yo traté de hacerle comprender lo que el marxismo quería decir. Sin embargo, leyendo hoy el artículo de **Le Monde**, percibo que el sujeto tenía mucha más importancia: mientras el *doctor* Rubel, precedido de su reputación de “márxologo” defendía triunfalmente su tesis en la Sorbona, yo retomé y estudié los viejos textos de Marx y encontré una reconfirmación de mis aseveraciones mucho más fuerte de lo que yo esperaba. De golpe, volqué todo eso en el papel y suponiendo que tales tesis, tan especializadas, dan lugar a una publicación, adjunté un extracto del artículo del diario. Pero yo estoy de acuerdo con que todo eso es insuficiente como base para una crítica. Por ello, voy a preguntar a Rubel si su tesis será publicada y cuando. En ese caso, sólo la primera parte de mi artículo debe ser reemplazada por otra introducción. El tema en sí, el carácter realmente científico de la teoría marxista, es para mí muy importante. Incluyo en ello el problema de la predicción del futuro, tema que engendró numerosas discusiones y muchas confusiones.

En cuanto al otro punto, respecto de la publicación de mi carta del 15 de junio, no era mi intención publicarla; o más bien, mientras la escribía no pensé que fuera a ser publicada. Si mi memoria es buena, creo que no la escribí con mucho cuidado. No obstante, si ustedes piensan que ciertos pasajes pueden contribuir al esclarecimiento, entonces creo que pueden hacer una selección, pero de tal modo que mis observaciones no ocupen tanto lugar en la revista. Tengo la impresión de que lo dicho en el libro **Los Consejos Obreros** puede dar una base más amplia y más general. Voy a enviarles una reedición de esos capítulos, preparada y publicada por mis amigos del ILP. Así tal cual, es un poco brutal, porque la argumentación está basada en los capítulos precedentes, que están ausentes. Aparentemente los camaradas del ILP han considerado que el punto de partida de la discusión sobre la revolución podría ser un buen remedio para la pasividad y la ausencia de espíritu revolucionario de los trabajadores ingleses.

Tengo la impresión de que nuestras posiciones sobre la acción de clase proletaria son diametralmente opuestas, pues cada una de ellas pone el acento en un aspecto diferente. En esas circunstancias, los individuos se distinguen en términos de coraje o de claridad de análisis, ya sea en el discurso o en la acción. Dichos individuos forman una vanguardia de hecho, que vemos nacer en el seno de todos los movimientos. Ellos se transforman en dirigentes de hecho; pueden contribuir al desarrollo de la actividad de las masas y, por la amplitud de su perspectiva, pueden ser buenos consejeros. Pero cuando ellos se reúnen en pequeños

grupos o partidos, con programas bien establecidos, estas relaciones fluidas se petrifican. Entonces, en tanto que dirigentes *ex officio*, ellos se consideran jefes y demandan ser seguidos y obedecidos.

Del otro lado, nosotros vemos que, en todas las acciones de masa o revolucionarias, surge un fuerte sentimiento común, que no es del todo consciente (como lo prueban las fluctuaciones de la acción), sino que está basado sobre condiciones concretas, que permiten la unidad necesaria en la acción para obtener resultados positivos. En tales circunstancias, las personalidades dirigentes pierden importancia. El verdadero beneficio, el verdadero progreso, real y duradero, consiste en que toda la clase, las masas obreras, cambien profundamente, rompan con el servilismo, fortalezcan su independencia, su confianza en ellas mismas, en virtud de su sola actividad, de su iniciativa, y no yendo a remolque de la iniciativa de los otros. Entre esos dos puntos de vista, la práctica de la lucha de clases puede revestir numerosas formas, intermediarias o combinadas.

Una última observación sobre las acciones de las masas. Considerando las condiciones de vida actuales en nuestras sociedades desarrolladas, puede parecer (y así está ampliamente aceptado) que estas acciones sean cada vez más imposibles e inútiles. Imposibles, en razón del enorme aumento del poder y de la violencia de los gobiernos, sostenidos por el gran capital (si una región del capital cayera en manos de los trabajadores, una simple bomba atómica bastaría para destruirlos). Inútil, porque las condiciones de vida y de trabajo, así como los derechos políticos de la clase obrera mejoran cada vez más (por ejemplos, los Estados Unidos). Y sin embargo, nosotros creemos firmemente que las amenazas de destrucción y de miseria que el capitalismo hace pesar sobre la humanidad son más fuertes que nunca. La forma actual es la guerra mundial que amenaza toda la población, intelectuales, maestros y obreros (siendo éstos últimos la gran mayoría). Es por eso que las acciones de masa serán más necesarias que nunca, y perderán el estricto carácter de clase que ellas tuvieron en el pasado (Bélgica, Rusia). Es de la única manera en que las masas podrán afirmar su voluntad, en relación a sus propias vidas.

Sin embargo, es un tema que no aparece en las discusiones, en la prensa o en los políticos; mucho menos en las publicaciones socialistas. ¿Será por miedo a ser identificadas con el comunismo ruso? ¿O más bien se trata del miedo de los grupos con pretensiones dirigentes de ver a las masas obreras tomar la acción en sus propias manos?

[Traducido por Maristella Svampa de **Pierre Chaulieu (Cornelius Castoriadis)-Anton Pannekoek, Correspondance 1953-1954: présentation et commentaires d'Henri Simon**, Paris, Echanges et Mouvement, s/d]



EL DEBATE LEFORT-CASTORIADIS

Organización y partido Contribución a una discusión

Claude Lefort

No existe una acción revolucionaria que sea solitaria: esta acción que tiende a transformar la sociedad no puede más que efectuarse en un marco colectivo y este marco tiende naturalmente a extenderse. De esta manera, la actividad revolucionaria, colectiva, buscando serlo cada vez más, implica necesariamente una cierta organización. En esto nunca nadie ha disentido, ni disiente. Lo que ha sido combatido desde el comienzo de la elaboración de nuestras tesis, no es la necesidad de una organización para el proletariado, sino la de la *dirección revolucionaria*, la de la constitución de un partido. El núcleo de nuestras principales divergencias está ahí. La verdadera pregunta cuyos términos han sido alguna vez deformados de una parte y de la otra ha sido la siguiente: ¿la lucha del proletariado exige o no la construcción de una conducción o de un partido?

No es para nada accidental que esta pregunta sea la fuente permanente de nuestro conflicto teórico. Las tesis de **Socialisme ou Barbarie** se han desarrollado sobre la base de una crítica a la burocracia en todas sus formas: no nos queda, entonces, más que encarar de una manera crítica el problema de la organización revolucionaria. Ahora bien, ésta no podía más que tomar un carácter explosivo ya que cuestionaba nuestra coherencia ideológica. Se puede muy bien admitir que hay lagunas en la representación de la sociedad, circunscribir los problemas de los que no se tiene solución, pero no se puede admitir en el seno de nuestras concepciones ideológicas generales una contradicción que tiende a poner en oposición el pensamiento y la acción. Cada uno de nosotros debe visualizar y mostrar el lazo que establece entre las formas de la acción revolucionaria y las ideas a las que suscribe.

Del pasado al presente

¿Qué es, entonces, aquello en lo que nos debemos coherencia? En el origen de nuestras tesis se ubican los análisis del fenómeno burocrático. Al que hemos abordado simultáneamente desde diferentes aspectos antes de poder tener de él una representación global. La primera vía fue la crítica de las organizaciones obreras en Francia. Encontramos en ellas más que malas direcciones de las que habría hecho falta corregir errores o denunciar traiciones; descubrimos que eran partícipes del sistema de explotación

en tanto que formas de encuadramiento de la fuerza de trabajo. Empezamos a investigar que ellas eran las bases materiales del estalinismo en Francia. En este sentido distinguimos, al mismo tiempo, los privilegios actuales que aseguraban la estabilidad de una capa de cuadros políticos y sindicales y las condiciones históricas generales que favorecían la cristalización de numerosos elementos en la sociedad, ofreciéndoles la perspectiva de una nueva clase dominante.

El segundo aspecto, la segunda vía, fue la crítica del régimen burocrático ruso, del que mostramos los mecanismos económicos que subyacían a la dominación de una nueva clase.

La tercera vía fue el descubrimiento de las tendencias burocráticas, a escala mundial, de la concentración creciente del capital, de la intervención crecientemente extendida del Estado en la vida económica y social, asegurando un nuevo estatus a capas cuyo destino no estaba ya ligado al capital privado.

De mi parte, esta profundización teórica iba a la par de una experiencia que había conducido en el seno del partido trotskista, cuyas lecciones me parecieron claras.

El P.C.I., en el que había militado hasta 1948, no participaba en nada en el sistema de explotación. Sus cuadros no obtenían ningún privilegio de su actividad dentro del partido. Se encontraban en su seno sólo elementos imbuidos de una evidente "buena voluntad revolucionaria" y conscientes del carácter contrarrevolucionario de las grandes organizaciones tradicionales. Formalmente reinaba una gran democracia. Los organismos dirigentes eran regularmente elegidos durante las asambleas generales; éstas eran frecuentes, los camaradas tenían toda la libertad de reunirse en tendencias y defender sus ideas en las reuniones y los congresos (podían, incluso, expresarse en las publicaciones del partido). Sin embargo, el P.C.I. se desenvolvía como una micro-burocracia y nos aparecía como tal. Sin duda daba lugar a prácticas condenables: falsificación de los mandatos fuera de los congresos, maniobras efectuadas por la mayoría existente para asegurar al máximo la difusión de sus ideas y reducir las de las minorías, calumnias diversas para desacreditar al adversario, esgrimir la destrucción del partido cada vez que un militante se encontraba en desacuerdo sobre ciertos puntos importantes del programa, culto a la personalidad de Trotsky, etc. Pero lo esen-

cial, lo más importante, no estaba allí. El P.C.I. se consideraba el partido del proletariado, su *dirección*, irremplazable; juzgaba la futura revolución como el simple cumplimiento de su programa. Con respecto a las luchas obreras, el punto de vista de la organización predominaba en forma absoluta. En consecuencia, aquéllas eran siempre interpretadas según este criterio: ¿en qué condiciones serían favorables para el fortalecimiento del partido? Habiéndose identificado definitivamente con la Revolución mundial, el partido estaba preparado para realizar numerosas maniobras, aún cuando éstas fuesen escasamente útiles para su desarrollo.

Si bien hay que tomar muchas precauciones para hacer esta comparación, ya que es válida sólo desde una cierta perspectiva, tanto el P.C.I. como el P.C. veían en el proletariado una masa a dirigir. Pretendía solo *dirigirla bien*. Ahora bien, esta relación que el partido mantenía con los trabajadores —o, más bien, que hubiera deseado mantener, ya que en los hechos no dirigía nada en absoluto— se reencontraba trasplantado al interior de la organización, entre el aparato de dirección y la base. La división entre dirigentes y simples militantes era una norma. Los primeros esperaban de los segundos que escucharan, que discutieran las propuestas, que votaran, que difundieran el diario y pegaran los afiches. Los segundos, persuadidos que a la cabeza del partido eran necesarios *camaradas competentes*, hacían lo que se esperaba de ellos. La democracia estaba fundada sobre el principio de la ratificación. Consecuencia: igual que en la lucha de clases, predominaba el punto de vista de la organización; en la lucha dentro del partido, el punto de vista del control de la organización era decisivo. Al mismo tiempo que la lucha revolucionaria se confundía con la lucha del partido, ésta se confundía con la lucha llevada a cabo por el buen equipo. El resultado era que los militantes se definían sobre cada asunto según este criterio: ¿el voto reforzaba o, por el contrario, arriesgaba debilitar al buen equipo? De esta manera, al someterse cada uno a la preocupación de una eficacia inmediata, la ley de la inercia reinaba como en toda burocracia. El trotskismo era una de las formas del conservadurismo ideológico.

La crítica que le hago al trotskismo no es del orden de lo psicológico: es sociológica. No se basa sobre los comportamientos individuales sino que concierne a un modelo de organización social cuyo carácter burocrático es mucho más destacable en tanto no está determinado directamente por las condiciones materiales de explotación. Sin duda, este modelo no es más que un subproducto del modelo social dominante: la micro burocracia trotskista no es la expresión de una capa social, sino solamente el eco en el seno del movimiento obrero de las burocracias reinantes a escala de la sociedad global. Pero el fracaso del trotskismo nos muestra la extraordinaria dificultad que existe para escapar de las normas dominantes, para instituir en el nivel mismo de la organización revolucionaria un modo de reagrupamiento, de trabajo y de acción que sean efectivamente revolucionarios y ya no marcados por el sello del espíritu burgués o burocrático.

Los análisis de **Socialisme ou Barbarie**, la experiencia que algunos extrajimos, como en mi caso, de su antigua acción en un partido, condujo naturalmente a percibir bajo una nueva luz la

lucha de clases y el socialismo. Es inútil resumir las posiciones que la revista impulsó a tomar. Bastará decir que la autonomía devino ante nuestros ojos el criterio de lucha y de la organización revolucionarias. La revista no cesó de afirmar que los obreros debían tomar en sus manos su propio destino y organizarse ellos mismos, independientemente de los partidos y los sindicatos que pretendían ser los depositarios de sus intereses y de su voluntad. Juzgamos que el objetivo de la lucha no podía ser otro que la gestión de la producción por los trabajadores, ya que toda otra solución no haría más que consagrar el poder de una nueva burocracia; buscábamos, en consecuencia, determinar reivindicaciones que dieran testimonio, en lo inmediato, de una conciencia antiburocrática; le acordamos un lugar central al análisis de las relaciones de producción y de su evolución, para demostrar que la gestión obrera era realizable y que ella tendía a manifestarse espontáneamente, ya mismo, en el seno del sistema de explotación; finalmente fuimos conducidos a definir el socialismo como una democracia de los consejos.

Estas posiciones de las que, por otra parte, no se puede decir hoy que estén suficientemente elaboradas, pero que han sido objeto de un trabajo importante, se han reafirmado, sobre todo desde que levantamos la hipoteca trotskista que pesaba sobre nuestras ideas. Pero, por supuesto, no pueden tomar todo su sentido a menos que forjemos, simultáneamente, una nueva representación de la misma actividad revolucionaria. Se encuentra ahí una necesidad inherente a las tesis de **Socialisme ou Barbarie**. Intentando eludirla multiplicamos los conflictos entre nosotros, al no mostrar su alcance y, a veces, intentando eludirlo nosotros mismos: en efecto, es evidente que una divergencia sobre el problema de la organización revolucionaria afecta, poco a poco, al entero contenido de la revista: los análisis de la situación política y de los movimientos de lucha, las perspectivas que ensayamos trazar y, sobre todo, el lenguaje que empleamos cuando nos dirigimos a los obreros que nos leen. Ahora bien, sobre este aspecto, ha resultado y resulta imposible acordar sobre nuestras ideas y dar una respuesta común al problema.

Un cierto número de colaboradores de la revista no hace más que definir la actividad revolucionaria dentro del marco de un partido de nuevo tipo, el que, de hecho, vuelve a enmendar el modelo leninista que el trotskismo ha tratado de reproducir integralmente. ¿Por qué este fracaso? Y, en primer lugar, ¿por qué es necesario hablar de un fracaso?

Extraigamos las conclusiones de nuestras críticas.

El argumento esencial que avanza a favor de la construcción de un partido revolucionario me parece figurar ya en un texto antiguo de la revista: "El proletariado no podrá vencer, ni siquiera luchar seriamente contra sus adversarios —adversarios que disponen de una organización formidable, de un conocimiento completo de la realidad económica y social, de cuadros educados, de los avances de la sociedad, de la cultura y, la mayor parte del tiempo, del mismo proletariado— a menos que disponga de un conocimiento, de una organización de contenido proletario, *superiores* a los de sus adversarios mejor equipados en este as-

pecto” (extraído de **Socialisme ou Barbarie**, n° 2, “El partido revolucionario”, p. 103).

Dado que el proletariado no puede, en tanto que clase considerada en su conjunto, tener este conocimiento y proveer esta organización, sólo una fracción, la más consciente, puede “elevarse al nivel de las tareas universales de la revolución” (*Ibid.*): “esta fracción es necesariamente un organismo universal minoritario, selectivo y centralizado” (**Socialisme ou Barbarie**, n° 10, p. 16).

Este argumento parecía fundamentar desde ya todos los análisis del **¿Qué hacer?** Pero Lenin dedujo de allí un cierto número de consideraciones que no podían ser admitidas, tal cual habían sido formuladas, en el marco ideológico de **Socialisme ou Barbarie**. Aboquémonos a lo esencial: Lenin considera que el proletariado no pudiendo acceder por sí mismo a la conciencia científica de la sociedad tiende, espontáneamente, a someterse a la “ideología reinante, o sea, a la ideología burguesa”; la tarea esencial del partido es la de sustraerlo a esta influencia, aportándole un conocimiento político, y este conocimiento político no puede ser administrado sino es desde el exterior del marco de su vida cotidiana, “es decir, desde el exterior de la lucha económica, desde el exterior de la esfera de las relaciones de producción”; además, Lenin demuestra que la organización proletaria, para ser *superior* a la de sus enemigos de clase, debe vencerla en su propio terreno: profesionalización de la actividad revolucionaria, rigurosa concentración de sus tareas, especialización de las funciones de los militantes (de ahí el paralelo incesante retomado a lo largo del **¿Qué hacer?** entre el partido y el ejército); por fin —como consecuencia explícita— convencido de la validez de su programa, por el sólo hecho de que las masas lo apoyan, el partido se encuentra naturalmente destinado si no a ejercer el poder, por lo menos a participar de él activamente.

Tales ideas son incompatibles con la crítica de la burocracia y la afirmación de la autonomía proletaria.

No podemos admitir que la conciencia política sea introducida desde afuera del proletariado por una fracción organizada; juzgamos, por el contrario, que es necesario redefinir el concepto mismo de política, ya que éste, en el uso que tradicionalmente se hace de él dentro del movimiento obrero, guarda un contenido burgués, que no tiene sentido para los trabajadores sino es a partir del momento en el que éstos son susceptibles de ligar a los acontecimientos de su propia experiencia las relaciones de producción. El rol de la política no es, por lo tanto, el de enseñar sino, más bien, el de explicitar lo que está inscripto en el estado de tendencia en la vida y la conducta de los obreros. Pero esta idea tiende a transformar la imagen de la actividad del militante; ya no es más como lo quería Lenin “el tribuno popular” que sabe aprovechar la menor ocasión para “exponer delante de todos sus convicciones sociales y sus reivindicaciones democráticas” (**¿Qué hacer?**); es aquél que *partiendo* de una crítica o de una lucha de los trabajadores en un sector determinado, intenta allí formular su alcance revolucionario, de mostrar cómo ésta *pone en cuestión el hecho mismo de la explotación* y, por lo tanto, de extenderla. El militante ya no aparece entonces como un dirigente sino como un agente de los trabajadores. Sin embargo, algunos

se resisten a extraer esta conclusión, se frenan en sus críticas a la política. Uno también podría preguntarse si la afirmación acerca de que la conciencia no es introducida desde afuera no les sirve para identificarse —ingenuamente convencidos pero, sobretudo, con un notable aplomo— con la clase obrera.

Por otro lado, critican la idea de que el partido debe ser un órgano de poder. Y, de hecho, esto contradice la representatividad esencial del socialismo, en tanto que sociedad de los consejos. Mas esta crítica es eminentemente equívoca. Significa que el partido no es un órgano burocrático, ya que su programa es la realización de un poder soviético y entonces —en última instancia— un programa antipartidario. La lógica exigiría que, partiendo de tal objetivo, nos opongamos a la formación de un organismo que se arroge el monopolio del programa socialista y arriesgue hacerle la competencia a los consejos, y que busquemos una nueva vía para la actividad revolucionaria. Todo lo contrario, apelar a una organización autónoma de los trabajadores, efectivamente representativa, deviene una justificación de la existencia y de la duración del partido. El partido se hace necesario para la fundación del poder soviético. Aún más, ese poder no es autónomo sino en la medida en que el partido lo juzga como tal. Digamos, y ciertos camaradas lo dijeron, ciertamente, al hablar de la situación pre-revolucionaria, que no hay más que una organización válida: “el partido es un organismo, en forma y fondo, *único*, dicho de otra manera, es el único organismo (permanente) de la clase bajo condiciones del régimen de explotación. No hay, no puede haber allí una pluralidad de formas de organización a las cuales aquél se yuxtapondría. En este sentido, la distinción entre comités de lucha y partido (o toda otra forma de organización minoritaria de la vanguardia obrera) concierne exclusivamente al grado de clarificación y de organización y a ninguna otra cosa” (**Socialisme ou Barbarie**, n° 10, p. 16).

Cierto, no se habla aquí sino de las condiciones del régimen de explotación, pero en esto no se ve por qué la tesis no se extendería a aquéllas del régimen socialista, puesto que la autonomía de los soviets, al igual que la de los comités de lucha, no es efectiva más que a partir del momento “en que su mayoría adopta y asume el programa revolucionario que, hasta entonces, el partido solo defiende sin compromisos” (**Socialisme ou Barbarie** n° 2, p. 101).

La tendencia a extender indefinidamente las prerrogativas del partido se manifiesta, además, en la definición que se ofrece de los organismos de clase, del tipo de comité de lucha. Después de haberlos presentado como embriones de organismos soviéticos y no de tipo partido (**Socialisme ou Barbarie** n° 2, p. 100), no se los distingue ya del partido sino por su menor grado de especificidad y de organización.

De hecho, no cesaremos de repetirlo, si se afirma la necesidad del partido, si se basa esta necesidad en el hecho de que el partido detenta el programa socialista, si se caracteriza la autonomía de los organismos forjados por los trabajadores, siguiendo el criterio de su acuerdo con el programa del partido, éste se encuentra naturalmente destinado a ejercer, antes y después de una revolución, el poder, todo el poder real de las clases explotadas.

Pero, al mismo tiempo, es necesario reconocer que esta tesis está en contradicción formal con nuestra teoría y denuncia de la manera más aguda la incoherencia de aquéllos que la sostienen.

Tercera corrección aportada a la teoría leninista: buscar nuevas modalidades de funcionamiento del partido. De hecho, se las busca sin buscarlas, puesto que a menudo se dice que las reglas importan poco y que el criterio de nuestro antiburocratismo está en nuestro programa. Se las busca, no obstante, aunque más no sea que porque es imposible suscribir a la tesis del **¿Qué hacer?** sobre la profesionalización de la actividad revolucionaria, efectivamente inconciliable con el principio que dice que es necesario tender a suprimir toda separación entre dirigentes y ejecutantes. La nueva idea es la de extender al partido el principio de la delegación y de la revocabilidad que inspira la organización soviética. Si no me equivoco, ciertos camaradas piensan que los órganos dirigentes se encuentran bajo un control efectivo permanente de los militantes desde el momento en que éstos tienen el poder, en cada una de sus reuniones, de cambiar de delegados. Pero no hacen más que perfeccionar un modelo de democracia formal. En los organismos de clase, la noción de revocabilidad puede tener un contenido positivo por el hecho de que existe un medio de trabajo real; los hombres forjan, en virtud de sus relaciones, en el seno del medio productivo, una experiencia que les permite resolver con claridad los problemas que encuentran. Lo que deciden concierne a su vida y tienen el poder de verificar lo que deciden a partir de su vida. El partido, en cambio (sea cual sea la opinión que se tenga sobre él), es un medio artificial, heterogéneo, ya que los individuos que allí están son diferentes por su actividad profesional, por su origen social y por su cultura. La unidad de ese medio no existe más que en razón de la centralización impuesta a la organización y esta centralización, a su vez, está fundada sobre la cohesión del programa. En estas condiciones, las decisiones a tomar en el nivel de las células tienen siempre una doble motivación: la que se origina de una acción a llevar a cabo en un medio social exterior y la que se origina de la aplicación del programa o de la obediencia a la instancia central. El delegado de la célula tiene, asimismo, una doble función: es el mejor camarada en lo que concierne al trabajo propio de la célula y es, de otra parte, el *camarada competente*, aquél que ha asimilado el programa, que representa el "Centro", que posee la ciencia de la política revolucionaria, que tiene el poder de "elevarse al nivel de las tareas universales de la revolución". En consecuencia, el principio de revocabilidad se encuentra privado de eficacia: a los ojos de los militantes, el delegado, en desmedro de sus errores o de sus faltas, aparece como un camarada que tiene el privilegio de formar parte de los dirigentes y cuya *competencia* se incrementa naturalmente desde el momento en que participa de la dirección. Poco importa que el delegado sea o no revocable en todo momento; los factores que paralizan la base militante en un partido no dependen tanto de que no disponga del poder permanente de revocar sino, de manera mucho más profunda, de que esa base esté acostumbrada a la existencia del aparato dirigente, a la jerarquización de las funciones, a la especialización de la actividad política.

Evoquemos una vez más el partido trotskista para plantear esta cuestión: ¿qué habría cambiado con la introducción de un siste-

ma de delegados revocables? Podemos responder: nada más, probablemente, que una exacerbación de la lucha de las tendencias que, en lugar de culminar en las asambleas y los congresos, habría revestido un carácter explosivo permanente dado que cada una se habría abocado, dentro del marco de las células, a sustituir al delegado en curso por su propio candidato.

La democracia no se pervierte por la existencia de malas reglas organizacionales, lo hace sobre la base de la existencia misma del partido. La democracia no puede ser alcanzada en su seno por el hecho de que el partido mismo no es un organismo democrático, es decir, un organismo *representativo* de las clases sociales de las que se autoproclama.

Todo nuestro trabajo teórico debería hacernos llegar a esta conclusión. Es más, algunos de nosotros la rechazan pero, a mi entender, buscando conciliar la afirmación de la necesidad de un partido con nuestros principios fundamentales, caen en una nueva contradicción. Quieren operar esta conciliación tomando como modelo un partido donde serían introducidas reglas de funcionamiento características de un tipo soviético y, por allí, van a contramano de su crítica del leninismo.

En efecto, Lenin había perfectamente comprendido que el partido era un organismo *artificial*, es decir, fabricado por fuera del proletariado. Considerándolo un instrumento de lucha absolutamente necesario, no dudaba en fijarle estatutos cuasi soviéticos. El partido sería bueno si el proletariado lo sostenía, malo, si no lo seguía: sus preocupaciones se frenaban allí. De tal suerte que en **El Estado y la Revolución**, el problema de la función del partido no es ni siquiera abordado: el poder revolucionario es el pueblo en armas y sus consejos ejerciéndolo. El partido, en la mirada de Lenin, no tiene más existencia que por su programa, que es, precisamente, el poder de los soviets. De acuerdo a lo que la experiencia histórica señala, cuando se descubre en el partido un instrumento privilegiado de formación y de selección de la burocracia, no se puede más que proponer destruir este tipo de organización. Buscar conferirle atributos democráticos incompatibles con su esencia, es caer en una mistificación de la que Lenin no fue víctima; es presentarlo como un organismo *legítimo* de las clases explotadas y darle un poder más grande del que jamás se haya soñado en el pasado.

La idea de dirección revolucionaria. Evidencia de geometra

Pero si no se puede, al menos a partir de nuestros principios, admitir la idea de un partido revolucionario sin caer en una contradicción ¿no hay, sin embargo, un motivo que nos conduzca sin interrupción a postular su necesidad?

Ya he formulado esa motivación citando un texto del n° 2 de la revista. Resumámoslo nuevamente: el proletariado no podrá vencer a menos que disponga de una organización y de un conocimiento de la realidad económica y social superiores a los de su adversario de clase.

Si esta proposición resulta verdadera, será necesario decir también que estamos impelidos de constituir un partido, y que ese partido, en razón de las críticas que acabo de mencionar, no pue-

de sino devenir el instrumento de una nueva burocracia: resumiendo, será necesario concluir que la actividad revolucionaria está necesariamente encaminada al fracaso. Pero esta proposición —que creo encontrar en el origen de todas las justificaciones de un partido— no ofrece más que una pseudo-evidencia. Evidencia de géometra que no tiene contenido social. Frente al poder centralizado de la burguesía, de la ciencia que poseen las clases dominantes, se ha construido *simétricamente* un adversario que, para vencer, debe adquirir un poder y una ciencia *superiores*. Este poder y esta ciencia no pueden entonces más que conjugarse en una organización que, *antes* de la revolución, sea superior al Estado burgués. En la realidad, las vías por las que se enriquece la experiencia de los trabajadores (y las tendencias del socialismo) no concuerdan con este esquema. Es una utopía imaginar que una minoría organizada pueda apropiarse de un conocimiento de la sociedad y de la historia que le permita forjar por adelantado una representación científica del socialismo. Por loables y por necesarios que sean los esfuerzos de los militantes por asimilar y por hacer progresar, por sus propios medios, el conocimiento de la realidad social, es necesario comprender que este conocimiento sigue procesos que exceden las fuerzas de un grupo determinado. Se trate de la economía política, de la historia social, de la tecnología, de la sociología del trabajo, de la psicología colectiva o, en general, de todas las ramas del saber que incumben a la transformación de la sociedad; es necesario convencerse que el curso de la cultura escapa a toda centralización rigurosa. Descubrimientos revolucionarios, según nuestros propios criterios, existen en todos los campos (conocidos o no por nosotros), que elevan la cultura “al nivel de las tareas universales de la revolución”, que responden a las exigencias de una sociedad socialista. Sin duda estos descubrimientos siempre coexisten con modos de pensamientos conservadores o retrógrados, de modo que su síntesis progresiva y su puesta en valor no puedan efectuarse espontáneamente. Pero esta síntesis (que no podemos concebir más que bajo una forma dinámica) no podrá producirse sino hasta que la lucha de la clase revolucionaria, permitiendo percibir un vuelco de todas las relaciones tradicionales, devenga en un agente poderoso de cristalización ideológica. En tales condiciones, y solamente entonces, se podrá hablar en términos sensatos de una fusión de la organización proletaria y de la cultura. Repitémoslo, esto no significa que los militantes no tengan un rol esencial que jugar, que no deban hacer progresar la teoría revolucionaria gracias a sus propios conocimientos; pero su trabajo no puede ser considerado más que como una contribución a un trabajo cultural *social*, que se efectúa siempre a través de una diversidad de vías irreductible.

Es otra utopía imaginarse que el partido pueda garantizar una rigurosa coordinación de las luchas y una centralización de las decisiones. Las luchas obreras, tal como ellas se han producido desde hace 12 años —y tal como la revista las ha interpretado— no han sufrido por la ausencia de un órgano tipo partido que habría conseguido coordinar las huelgas; no han sufrido de una carencia de politización —de la manera en que Lenin lo entendía—, sino que han estado dominadas por el problema de la organización autónoma de la lucha. Ningún partido puede hacer que el proletariado resuelva este problema; al contrario, no será

resuelto sino es en oposición a los partidos —cualesquiera que sean y por más antiburocráticos que sean sus programas. La exigencia de una preparación concertada de las luchas de la clase obrera y de una previsión revolucionaria no puede, ciertamente, ser ignorada (si bien dicha exigencia no se presenta en todo momento, como algunos lo hacen creer); pero hoy es inseparable de otra exigencia: que las luchas sean decididas y controladas por aquéllos que las promueven. *La función de coordinación y de centralización no motiva entonces la existencia de un partido; éstas corresponden a grupos de obreros o de empleados minoritarios que, multiplicando sus contactos entre ellos, no dejan de ser parte de los medios de producción donde actúan.*

A fin de cuentas, a la conciencia de las tareas universales de la revolución, el proletariado no accede más que cuando ha cumplido con esas tareas mismas, que es en el momento en que la lucha de clases abraza a la sociedad entera y donde la formación y la multiplicación de los consejos de trabajadores brinda las señales sensibles de una nueva sociedad posible. Que minorías militantes hagan un trabajo revolucionario no significa en absoluto que un organismo pueda, en el seno de una sociedad de explotación, encarnar frente al poder burgués, en forma anticipada, gracias a la centralización y a la racionalización de sus actividades, el poder de los trabajadores. A diferencia de la burguesía, el proletariado no tiene, en el seno de la sociedad de explotación, institución representativa alguna; no dispone más que de su experiencia, cuyo itinerario complicado y jamás garantizado no puede ser depositado bajo ninguna forma objetiva. Su institución es la revolución misma.

La actividad militante

Cuál es entonces la concepción de actividad revolucionaria que, algunos camaradas y yo mismo, hemos sido llevados a defender. Deviene de aquello que los militantes no son, no pueden ni deben ser: una *dirección*. Ellos son una minoría de elementos activos, que provienen de nichos sociales diferentes, reunidos en razón de un acuerdo ideológico profundo, y que se ocupan de ayudar a los trabajadores en su lucha de clase, de contribuir al desarrollo de esa lucha, para disipar las mistificaciones entretejidas por la clase y las burocracias dominantes, para propagar la idea de que los trabajadores, si quieren defenderse, serán puestos en la tarea de tomar su propia suerte en sus propias manos, organizarse a sí mismos a escala de la sociedad, y que eso es el socialismo.

Estamos convencidos que el rol de estos elementos es esencial —al menos que puede y debe serlo. Las clases explotadas no forman un todo indiferenciado: lo sabemos y no es de los adeptos a una organización centralizada de quienes lo hemos aprendido. Éstas contienen elementos más o menos activos, más o menos conscientes. De la capacidad que los elementos más activos tengan para propagar las ideas y para sostener las acciones revolucionarias depende, finalmente, el porvenir del movimiento obrero.

Pero entre estos elementos activos, algunos —y de lejos los más numerosos— tienden a reunirse en el seno de las empresas, sin

buscar, en principio, la extensión de su acción hacia una escala más amplia. Estos encuentran espontáneamente la forma de actuar: fundan un pequeño diario local o un boletín; militan en una oposición sindical o componen un pequeño grupo de lucha. Otros experimentan la necesidad de expandir sus horizontes, de trabajar con elementos que pertenecen a medios profesionales y sociales diferentes de los suyos, de hacer coincidir sus acciones con una concepción general de la lucha social. Entre éstos últimos se encuentran numerosos camaradas —es necesario reconocerlo— que no pertenecen a un medio de producción y que no pueden entonces reunirse más que por afuera de las empresas: su cultura constituye un aporte esencial al movimiento obrero, a condición de que tengan una apropiada representación de su papel, que es el de subordinarse a ese movimiento.

La acción de estos últimos elementos no puede tener más que el objetivo de sostener, de amplificar, de clarificar aquella acción que llevan adelante los militantes o los grupos de las empresas. Se trata de aportarles información de la que ellos no disponen, conocimientos que no pueden ser obtenidos más que a través de un trabajo colectivo, llevado a cabo por fuera de las empresas; se trata de ponerlos en contacto, los unos con los otros, de permitirles comunicar sus experiencias separadas, de ayudarlos a constituir, poco a poco, una verdadera red de vanguardia.

Se pueden definir numerosas maneras que permitirían, desde ahora, orientarse hacia estos objetivos: por ejemplo la publicación de un diario. Pero no se llegará jamás a los trabajadores y jamás se logrará asociarlos a la empresa de un diario si no se les demuestra, primeramente, su seriedad. No se logrará si las informaciones comunicadas son insuficientes o precarias, si las experiencias mencionadas son excepcionales, si las interpretaciones propuestas son apresuradas y las generalizaciones sumarias, extraídas a partir de hechos singulares y dispersos. En resumen, si el diario es creado por un grupo que no tiene más que un pequeño contacto con militantes de la empresa, nadie se interesará por esa iniciativa. En un nivel más modesto, se trata, en principio, de convencer a los obreros, a los empleados, a los pequeños grupos ya existentes que les podemos ser útiles. La mejor manera es la de difundir (bajo la forma de un boletín sin una periodicidad regular) análisis cortos que aporten sobre la situación actual e informaciones — siempre que éstas hayan sido obtenidas a través de medios fuera de su alcance. Subrayaremos que los diarios de empresa pueden publicarlos o utilizarlos como mejor les plazca. Suscribiremos, además, que si nuestro trabajo les interesa, éste se enriquecerá naturalmente de informaciones y de críticas que ellos nos aportarán.

Por otra parte, se pueden poner en marcha algunos análisis serios con relación al funcionamiento de nuestra propia sociedad (sobre las relaciones de producción, la burocracia en Francia o la burocracia sindical). Se establecerá así una colaboración con los militantes de la empresa de manera de plantear en términos concretos (por las preguntas sobre su experiencia de vida y laborales) el problema de la gestión obrera.

Semejantes tareas pueden parecer modestas. En cambio, bien llevadas, exigen un trabajo considerable. Lo importante es que ellas estén a la altura de las minorías de vanguardia y que per-

mitan encarar un desarrollo progresivo, es decir, un desarrollo tal que a cada nivel de realización le corresponda una ampliación posible del trabajo.

Definiendo sus objetivos y sus métodos, se definen al mismo tiempo las formas de organización que le corresponden y que se apoyan, en principio, sobre el rechazo de la centralización. La organización que conviene a militantes revolucionarios es necesariamente *laxa*: no se trata de tener un gran partido dirigiendo desde sus órganos centrales la actividad de una red de militantes. Lo que no puede desembocar más que en hacer de la clase obrera un instrumento o abandonarla a la indiferencia, incluso a la hostilidad frente a un partido que pretende representarla.

El movimiento obrero no se abrirá a una vía revolucionaria sino es rompiendo con la mitología del partido, para buscar de formas de acción en los múltiples enlazamientos de militantes que organicen libremente su actividad, garantizando a través de sus contactos, sus informaciones y sus alianzas, no solamente la confrontación sino también la unidad de las experiencias obreras.

Este texto acompaña nuestra retirada del grupo **Socialisme ou Barbarie**. Quien esté interesado en la discusión que suscita la cuestión del Partido en este grupo puede leer otro artículo nuestro: “El proletariado y el problema de la dirección revolucionaria”, el trabajo de P. Chaulieu “La dirección proletaria”, n° 10, julio/agosto 1952, *Ibid.*, la carta de A. Pannekoek y la respuesta de P. Chaulieu, n° 14, 1954; finalmente la crítica que nos realiza P. Cardan, desde nuestro comienzo, en el marco de las tesis de estudio “Proletariado y organización”, n° 27 y 28. Encontramos en otro texto, en **La Breche** (Morin, Lefort, Coudray), París, 1968, los elementos de una extensión y de una transformación del debate. No parece que los problemas relevados en estos diferentes textos hayan dejado de ser actuales. Como ejemplo ver la discusión publicada por **Studies on the Left**, con la participación de Tom Hayden, vol. 5, n° 2, 1965; los comentarios, siempre vigentes, presentados por G. Lichteim en **Marxism in modern France**, New York, 1966. Finalmente, bastará leer los textos de R. Rossanda y de Sartre en **II Manifiesto**, n° 4, 1969, para convencerse de que la influencia de la tradición reside con fuerza en aquéllos que buscan desembarazarse de la ortodoxia comunista.

[traducido de **Socialisme ou Barbarie** n° 26, París, noviembre/diciembre de 1958, por Marisa Pronesti. Revisión técnica de Adriana Petra]

Proletariado y organización II (1959)^{1*}

(Fragmentos)

Cornelius Castoriadis

En paralelo con la degeneración burocrática, y alimentado por ella, renace constantemente un primitivismo antiorganización dentro del movimiento obrero. En el período actual, muy especialmente y de manera simétrica a la extensión y a la profundidad de la burocratización de las organizaciones y de la sociedad, ha aparecido una verdadera corriente ideológica que saca de su experiencia de los cuarenta últimos años, unas conclusiones que, de hecho, se dirigen contra toda forma de organización.

La premisa teórica de esas conclusiones es la identificación de burocracia y organización. Premisa que la mayor parte del tiempo permanece inconsciente, como es normal; si se formulase claramente conduciría de inmediato a preguntar porqué la organización de la sociedad por el proletariado, durante y después de una revolución, no conduciría fatalmente a la burocratización, y, de hecho, aquéllos que después de la revolución rusa han respondido afirmativamente a tal pregunta y abandonado la lucha son innumerables. El error crucial de ese razonamiento es que pone aparte a la organización, que hace de ella, en realidad, un factor autónomo de la evolución histórica. En realidad, las organizaciones no son lo único que ha degenerado, ya lo hemos visto: también ha degenerado la ideología revolucionaria, y las formas de lucha de la clase obrera. La organización no es un factor autónomo y original de la degeneración: las organizaciones no hubieran podido degenerar si el propio proletariado no hubiera participado de alguna manera en esa evolución y no continuase apoyando a las organizaciones burocratizadas. La burocratización es solamente la más profunda de las formas en que se expresa la influencia continuada de la sociedad capitalista sobre el proletariado.

Así pues, no es sorprendente que esa tendencia antiorganizativa se haya expresado en *Socialisme ou Barbarie*. Su portavoz ha sido, después de algunos otros camaradas, Claude Lefort.

(....)

Los acontecimientos del 13 de mayo de 1958 plantearon los problemas de forma tal que ya no se podía seguir esquivándolos por más tiempo. Ante la perspectiva de una crisis social, muchos lectores y simpatizantes venían a *Socialisme ou Barbarie* para trabajar con nosotros. ¿Cómo podíamos trabajar todos juntos, cómo podíamos organizarnos? De inmediato, se enfrentaron dos concepciones.

La mayoría de *Socialisme ou Barbarie* creía que era imposible organizarse sin adoptar cierto número de principios. Había que saber quien estaba organizado como miembro de la organización;

si el número de participantes imponía una repartición en grupos, era preciso mantener la cohesión del grupo mediante Asambleas generales por una parte, frecuentes y soberanas, y por la otra con un órgano responsable formado por delegados elegidos y revocables por los grupos de base que asegurase los intervalos; finalmente, las divergencias que pudieran surgir se zanjarían gracias a los votos y decisiones que todos cumplirían, aunque la minoría fuese libre de expresar públicamente su desacuerdo.

Para Lefort, Berthier y otros camaradas, las fronteras de una organización debían ser “deliberadamente imprecisas”; los grupos que formase la organización actuarían cada uno por su cuenta; las decisiones que se tomaran en común, más exactamente, los votos, no serían obligatorios para la minoría, que podía actuar según sus ideas. El problema de la unidad y coordinación de la actividad de la organización ni siquiera se planteaba, las únicas tareas “centrales” que se preveían se consideraban y presentaban como tareas técnicas, apelándose para todo lo demás a la “cooperación espontánea” de los camaradas.

Desde ese momento estaba claro que no era posible ninguna solución al 50%. Lefort y los que pensaban como él abandonaron *Socialisme ou Barbarie*, y ésa fue la única solución razonable por la que todos, ellos y nosotros, nos felicitamos. Cada uno podrá aplicar sus principios sin trabas, de ahora en adelante, y ver así cuál es su valor práctico. Nosotros pretendemos que con los principios y métodos de Lefort no puede construirse ni existir forma alguna de organización, ni “dúctil”, como él dice, ni rígida, ni cristalina, ni gaseosa. Lo único que puede existir es un grupo de discusión que podrá vivir es decir, discutir en tanto sus discusiones sigan siendo pequeñas. Pero si el grupo quisiera pasar a una verdadera actividad, incluso si simplemente creciera un poco, le sería imposible no estallar, con los que toman en serio sus principios oponiéndose a los que toman en serio a los que toman en serio la idea de actividad, los unos incompatibles con los otros.

Es, en efecto, imposible que una organización, “dúctil” o no, crezca si no desarrolla una actividad real. La gente, y en particular los obreros, no participan con asiduidad en una organización si en ella se trata solamente de discutir e “informarse” recíprocamente, sino si se trata de hacer alguna cosa que les parezca suficientemente importante para sacrificarle una parte del escaso tiempo libre que les deja la explotación capitalista. Y es imposible que una actividad real y eficaz, es decir, coherente, se desarrolle sin un mínimo de homogeneidad ideológica y disciplina

¹ Publicado originalmente en *Socialisme ou Barbarie*, n° 26, julio-agosto de 1959.

colectiva. Esto implica una definición clara de las ideas, objetivos y medios es decir, un programa; una manera de resolver en la práctica las divergencias que puedan surgir en el curso de una acción, es decir, la aceptación del principio mayoritario; estos dos puntos conllevan la necesidad de definir quiénes participan en la organización. Finalmente, es imposible que una organización se desarrolle sin encontrarse y verse obligada en la práctica a resolver el problema de la centralización.

Nuestras diferencias con Lefort se basan en estos puntos y no en el de saber si la organización revolucionaria debe ser una "dirección" del proletariado. Y es característico que él haya preferido discutir este último punto en el texto publicado en el último número de la revista, y no las diferencias reales. Tal vez no sea para crear una diversión pero, en todo caso, Lefort y sus camaradas han decidido que esos problemas no existen, y se han limitado a no enfrentarse con ellos. Es inútil hacer epílogos a tal actitud, que nos parece totalmente negativa y estéril. Lo importante, por el contrario, es discutir las posiciones teóricas que han tenido que tomar y que llevan mucho más allá de las divergencias sobre el problema de la organización.

(...)

Está terminando un período histórico, con una inmensa experiencia del proletariado en lo concerniente a la burocracia considerada desde el más profundo punto de vista: no en cuanto dirección que se equivoca o traiciona, sino como capa explotadora que puede surgir en el propio movimiento obrero. En el período que comienza, el proletariado sólo podrá luchar por la realización de sus objetivos luchando al mismo tiempo contra la burocracia. Esta lucha hará surgir innumerables necesidades, prácticas e ideológicas, a las que solamente puede responder una organización revolucionaria. Esa organización no podrá constituirse sino con obreros y militantes que hayan experimentado la burocracia, o con jóvenes que la rechacen de entrada como forma de la sociedad establecida, y no podrá reclutar miembros más que entre esos mismos. Su función será la de ser un instrumento del proletariado en su lucha, no su dirección. La organización tendrá un concepto de la teoría revolucionaria radicalmente opuesto no sólo al del trotskismo sino incluso al que viene predominando desde hace un siglo. Rechazará categóricamente la idea de una "ciencia de la sociedad y de la revolución" elaborada por especialistas y de la que emanarían conclusiones prácticas "correctas", una política que no sería más que una técnica. Desarrollará su teoría revolucionaria principalmente a partir de la experiencia y de la acción del proletariado, que le suministrará no el material de observación o los ejemplos de verificación, sino los principios más profundos. Por consiguiente, los militantes dejarán de ser meros ejecutantes respecto de una ideología definida al margen de ellos, sobre bases y según métodos ajenos a ellos. Sin la participación activa y dominante de los trabajadores que pertenecen a ella, la organización no podrá definir jamás ni una ideología, ni un programa, ni una actividad revolucionaria.

La primera tarea de los militantes será pues expresar su propia experiencia y la de su medio; el trabajo de la organización consistirá en primer lugar en formular esa experiencia y difundirla, tomar de ella lo que posea un calor universal y elaborar una con-

cepción global coherente. Consistirá al mismo tiempo en dar a conocer la expresión de la experiencia del mayor número posible de obreros, en dar la palabra a los trabajadores, en permitir la difusión y la comunicación de los ejemplos de lucha, las opiniones, las ideas entre el proletariado. El problema de las relaciones entre los individuos en el seno de la organización se planteará así de una forma totalmente nueva. No habrá ya base ni económica ni en la "producción" (es decir, en la actividad de la organización, en el tipo de trabajo que efectúa) para que una categoría de individuos se convierta en una casta de dirigentes separados e inamovibles. La gente irá a la organización porque pensará que no "deba" haber dirigentes aparte sino que no hay *función* específica para tales dirigentes; y querrán hacer un trabajo que postule explícitamente la importancia igual de lo que tenga que decir todo el mundo. La estructura de la organización expresará orgánicamente su orientación y sus concepciones; será tal que la participación y preeminencia del conjunto de los militantes no sólo se expresará en los "estatutos" sino que se hará posible y fácil gracias a ellos; no podrá ser, por tanto, sino una estructura del tipo "soviet", inspirada en los modos de organización creados por el proletariado a lo largo de su historia: autonomía lo más amplia posible de los organismos de base para la determinación de su propio trabajo; determinación de la orientación general de la organización mediante delegados elegidos y revocables; libre expresión de los militantes y de las tendencias en el interior y en el exterior de la organización.

Esas concepciones, elaboradas a partir de la crítica de la historia del movimiento obrero y de las teorías que lo han dominado, constituyen tanto una respuesta al problema de las tareas de los revolucionarios en el período actual, de sus relaciones con el proletariado, de su modo de organización, como un rechazo radical de las formas tradicionales (y no solamente leninistas) sobre el partido. Han sido formuladas en la revista y en el grupo Socialismo o Barbarie desde hace años. Lefort prefirió ignorarlas, presentar algunas migajas como "enmiendas" y "correcciones" a la concepción leninista, polemizar con tres o cuatro frases de textos viejos fuera del contexto del que aparecían rodeadas, y refutar...el **¿Qué Hacer?** No pondremos calificativos a su proceder. Pero es necesario desvelar su argumentación, su lógica, querida o no: refutar por milésima vez, y después de tantos otros, a Lenin, permite eludir los problemas actuales, y enmascara la falta de respuestas a las verdaderas cuestiones a las que hoy se enfrentan los revolucionarios y el proletariado (...)

Si se toma en serio la idea de autonomía, habrá que preguntarse inevitablemente cómo hacer para propagarla. ¿Hay que repetirla bajo la forma abstracta de una idea reguladora, o bien mostrar en cada caso concreto lo que significa? ¿No implica, por ejemplo, que en una huelga reivindicativa los trabajadores deben actuar de una manera determinada y no de otra, elegir un comité de huelga revocable, hacer asambleas generales, etc., en lugar de confiar su huelga a la burocracia sindical? ¿Esto debe decidirlo la organización en cada ocasión, o no? Está claro que no ha de hacerlo de manera artificial, pero precisamente para hacerlo de forma no artificial, ¿no debe estar unida a la clase obrera, comportar el mayor número posible de trabajadores? ¿Acudirían

esos trabajadores si no vieran en la organización un instrumento esencial de su acción?

De la idea de autonomía, ¿no derivan una multitud de consecuencias, directas e indirectas? ¿Hay que ocultarlas? ¿Y una multitud de problemas, también, que los trabajadores se plantean de manera muy precisa? ¿Hay que callárselos? ¿No deriva de ella por ejemplo, de modo cierto aunque indirecto, que los trabajadores deben luchar contra la jerarquía y por consiguiente plantear reivindicaciones de aumentos lineales de salarios? ¿Esto es algo que la organización debe repetir incansablemente, o no? Y que no se nos diga que al hacer eso, la organización “no hace más que” volver a tomar de su mano unas reivindicaciones que surgieron del proletariado mismo. Ya lo hemos dicho frecuentemente, pero no hemos olvidado nunca que también la clase obrera ha propuesto reivindicaciones contrarias: las huelgas de categorías, por ejemplo, no han dejado de existir nunca. La organización, e incluso un revolucionario aislado, no pueden eludir la elección, y es una futilidad tratar de esquivar las responsabilidades propias escondiéndose tras el proletariado, transformado en una entidad imaginaria por necesidades de la causa.

El socialismo es la autonomía, dice Lefort. Lo hemos dicho en esta revista desde su primera página. Pero, ¿hay que pararse ahí? No somos sólo nosotros los que preguntamos, también los obreros preguntan: ¿qué significa eso? ¿Cómo puede funcionar una sociedad gestionada por los trabajadores? Aparentemente habría que responder: ya lo verán, cuando lo hagan. Pero la cuestión es que, en gran parte, no lo hacen porque no lo ven. Y también es absurdo pensar que una organización pueda poseer un plan minucioso del funcionamiento de la sociedad socialista, y es vital concretar la idea del socialismo, mostrar la posibilidad de una organización socialista de la sociedad, indicar soluciones para los problemas con los que se encontrará.

(...)

Si no se acepta esa actividad dirigida hacia la autonomía del proletariado, es que se da a la autonomía un sentido absoluto, metafísico: es necesario que los obreros lleguen a ciertas conclusiones sin ninguna clase de influencia. En ese caso, no hay que condenar solamente toda acción sino toda propagación de ideas, incluida la propia idea de autonomía. No deja de ser una violación del individuo querer persuadirle de que sea libre. ¿Y si le gustase lo de no serlo?

No es preciso decir que ésa sería una postura desesperadamente absurda, ni reconocer que nadie llega nunca a nada sin recibir alguna influencia. Ni hay que escamotear tampoco las conclusiones de esa evidencia. La autonomía o la libertad no son estados metafísicos, sino procesos sociales e históricos. La autonomía se gana a través de una serie de influencias contradictorias, la libertad surge a lo largo de la lucha con y contra los otros. Respetar la libertad de alguien no es no tocarle, sino tratarle como un adulto, decirle lo que se piensa. Respetar su libertad no como moralistas sino como revolucionarios, es ayudarle a hacer lo que puede dársela, no en un futuro hipotético, sino aquí y ahora; no es instaurar el socialismo por cuenta suya, sino ayudarle a realizar actos socialistas desde hoy mismo. La política de la libertad

no es la política de la no-intervención, sino la de la intervención en un sentido positivo; no tiene más límites que la mentira, la manipulación y la violencia.

(...)

En cada uno de los problemas que se plantean al pensamiento revolucionario, como en el proceso efectivo de la lucha de clases y de la revolución, hay siempre dos términos.

Está la empresa, colectividad concreta de trabajadores unidos por la experiencia directa del medio de trabajo y por una organización “espontánea”, informal, y está la clase, unidad de los trabajadores por encima de las fronteras de la empresa, de la profesión, de la localidad, e incluso de la nación, unidad mediatizada por su experiencia convergente de explotación y alienación.

Hay una experiencia inmediata de la sociedad como trabajo, y una experiencia inmediata de la sociedad como unidad. Hay una experiencia inmediata, y hay también una experiencia ya elaborada y sistematizada.

Existe un desarrollo propio del proletariado hacia el socialismo y, desde hace un siglo, una actividad política permanente de los trabajadores contra la explotación, y también una lucha política explícita contra la organización actual de la sociedad, que el proletariado ha dirigido casi siempre. Etcétera, etcétera.

La separación de estos términos no es meramente lógica; es real. Y la tarea de los revolucionarios no es solamente unirlos en el pensamiento, en una teoría correcta; es actuar para superar esa separación en la realidad, sabiendo que sólo la revolución podrá superarla definitivamente.

El fondo de la metodología de Lefort consiste en operar la separación más radical entre los términos de cada una de esas dualidades que el pensamiento revolucionario encuentra a cada paso, y mantenerlas en una oposición absoluta. La “superación” de esa oposición se efectúa entonces mediante algo que es, de hecho, un retroceso; se valoriza uno de los términos y se condena al otro, o se le hace sufrir una reducción a la realidad.

Así, el medio y la experiencia de la empresa se consideran los únicos importantes; el medio social general, la experiencia de la sociedad como tal y bajo sus múltiples aspectos: sociedad política, cultural, etc. ni siquiera se mencionan. La acción de los militantes “en la empresa” parece ser la única que realmente cuenta; cualquier otra acción se reduce a comunicar “informaciones y conocimientos”; el trabajo permanente que aspira a formular de manera universal el sentido de la experiencia de la sociedad, tanto mediata como inmediata, que tienen los trabajadores, se ignora. En la medida en que se reconoce que existe algo como una teoría revolucionaria, ésta aparece como una preocupación individual de ciertos militantes. El avance del proletariado hacia el socialismo toma así el aspecto de una maduración orgánica, y el papel primordial que han desempeñado y continúan desempeñando en su evolución las organizaciones y las luchas específicamente políticas, se escamotea.

Así, por ejemplo, el concepto de las relaciones de producción concretas y de la empresa, que *Socialisme ou Barbarie* situó muy

pronto en el centro de sus análisis, va convirtiéndose, en manos de Lefort, en un concepto mítico que, llevado hasta el absurdo, acaba por dividir el mundo en dos. La vida de los trabajadores en la empresa se convierte en la única realidad, y todo aquello que no está “en” o es “de” la empresa resulta irreal y maligno a la vez.

Nosotros decimos, por el contrario, que de la evidencia común de que la empresa no existe fuera de, ni separada de la economía, del Estado, etc., en una palabra, de la sociedad globalmente tomada (y recíprocamente), hay que extraer todas las consecuencias; lo mismo que hay que extraer todas las consecuencias de otras evidencias no menos comunes: a) que los trabajadores se interesan apasionadamente también por lo que sucede fuera de la empresa, y que si no fuera así, toda discusión sobre el socialismo no sería más que charlatanería vulgar; b) que precisamente en ese terreno es donde es más difícil la formación de la experiencia de los trabajadores, donde encuentra más obstáculos, se enfrenta no sólo a la falta de información sistemáticamente organizada por el capitalismo y la burocracia obrera, sino también y sobre todo a la complejidad de la cosa misma y a la dificultad de elaborar un esquema global de comprensión, sin el que toda información que pudiese haber disponible por otra parte no sirve de nada.

(....)

Hemos de hacer notar aquí que las posiciones de Lefort se apoyan, en definitiva, en los mismos falsos postulados que las posiciones que cree combatir violentamente, es decir, los postulados de **¿Qué Hacer?**. Las posiciones de Lefort están basadas en la idea de que no hay más que un único tipo posible de teoría de la sociedad, de programa, de actividad de elaboración y difusión de ideas: el tipo “leninista”, que ha de degenerar necesariamente en tipo estalinista o trotskista. Como ese tipo de elaboración separada de la experiencia de los obreros, contenido abstracto falsamente científico, difusión convertida en adoctrinamiento es condenable, no hay más remedio que condenar las actividades mismas de que se trata, o como máximo tolerarlas entre los “intelectuales”, entre los que constituyen un vicio incurable que hay que evitar sobre todo que se haga muy visible. Lefort, como Lenin en **¿Qué Hacer?**, postula de hecho:

1) que el proletariado, por su experiencia propia, sólo se interesa por lo inmediato, y la única diferencia está en que lo inmediato ya no se define como “los intereses económicos” sino como “la empresa”;

2) que no hay más que un tipo de teoría, el que puede ejemplificarse en los escritos de Marx, Lenin, Trotsky y sus resúmenes vulgarizados (en el mejor de los casos una teoría abstracta, alejada de la experiencia obrera, impenetrable para el proletariado; en el peor de los casos, una caricatura de teoría, una vulgarización mistificadora e instrumento de manipulación). Lenin consideraba malo lo primero y bueno lo segundo y Lefort hace lo contrario, pero su análisis es el mismo. Sus posiciones no son sino las posiciones de **¿Qué Hacer?**, con los signos de valor invertidos.

De hecho, el problema fundamental de nuestra época es: cómo realizar por un camino distinto al del *ABC del comunismo* la fusión indispensable de la experiencia obrera y los elementos teóricos, ideológicos, etc., y solamente un iluminado o un charlatán podría pretender que sin esta fusión podría haber nunca transformación socialista de la sociedad. Nosotros decimos, por nuestra parte, no sólo que existe ese camino, sino mucho más: si se demostrase que no puede existir ese camino, habría que abandonar de inmediato toda idea y toda discusión sobre el socialismo.

(...)

Decimos que si bien la experiencia del proletariado no le lleva automáticamente, inmediatamente, directamente y siempre hacia los problemas universales, hay sin lugar a dudas un enlace orgánico entre la experiencia del proletariado en la empresa y en su vida cotidiana y los problemas que conciernen globalmente a la sociedad. Decimos que es posible ayudar a la formación de una experiencia del proletariado relativa al todo de la sociedad, a partir de esa experiencia cotidiana. Decimos que poner ante los ojos del proletariado de una manera nueva y en nuevo lenguaje, de la mejor manera que sabemos, la experiencia global de la sociedad, el proyecto más radical para su transformación no es violar al proletariado sino, al contrario, contribuir al desarrollo de los potenciales que se constituyen en él orgánicamente. Esto supone, evidentemente, una transformación igualmente radical de la teoría revolucionaria misma, de su modo de elaboración y de exposición, del concepto de política y de militante.

(...)

El enlace orgánico entre la experiencia inmediata del proletariado y la experiencia más total de la sociedad se deriva de factores que expresan los caracteres más profundos de la sociedad moderna. Primeramente, el contenido mismo de la experiencia inmediata del proletariado le obliga a salir del marco de esa sociedad. Casi a cada instante, lo que sucede en la empresa remite al obrero a lo que sucede fuera de la empresa. Después, esa misma experiencia inmediata no queda confinada a la vida de la empresa: quiérase o no, el obrero es al mismo tiempo consumidor, elector, inquilino, soldado de reserva, padre de alumno, lector de periódicos, espectador de cine, etc. En tercer lugar, la experiencia global de la sociedad, aun siendo diferente de la experiencia inmediata del obrero, no es radicalmente otra, porque en definitiva representa los mismos modelos de relaciones sociales y de conflictos. Por ejemplo, las contradicciones en la empresa y las de la economía son de una misma naturaleza última, y esa identificación se convierte casi en una identidad inmediata en el caso del capitalismo burocrático integral. Porque el tipo de alienación que tiende a realizar la sociedad moderna es, en definitiva, el mismo en todos los terrenos. Ahí se encuentra el fundamento objetivo de la unidad de la experiencia de la sociedad, ya sea vivida por los mineros del Norte, los metalúrgicos de París, los empleados de banca, los profesores o incluso los investigadores científicos. Ciertamente esa identidad no viene dada directa e inmediatamente, y que el sujeto final de su realización no puede ser sino la totalidad organizada de los trabajadores; pero también en este terreno, la organización es la instancia transitoria que permite su realización

inacabada y que es pues, también aquí, una “prefiguración” de la sociedad socialista y de la revolución.

(....)

Cualquiera que sea la estructura de la organización, constatar que es preciso que posea una estructura determinada, es una pe-rrogrullada. En particular, a no ser que se trate de una agrupación cuya “actividad” se reduzca a la discusión o a la publicación de una tribuna libre, en cuanto se trata de *hacer* alguna cosa, es necesario que se tomen decisiones de una manera u otra; si se manifiestan opiniones divergentes, hace falta una regla que permita acordarlas. En general, desde que una agrupación supera unas dimensiones mínimas —quince o veinte individuos—, no puede subsistir sin fijar unas normas de funcionamiento que permitan a sus segmentos comunicarse entre ellos, a cada uno de sus militantes saber lo que hacen los otros y valorarlo, al conjunto definir posiciones comunes y traducirlas en actividades comunes.

¿Cómo responde Lefort a estos problemas? Con un adjetivo o una negación: “la organización que conviene a los militantes revolucionarios es necesariamente *dúctil*”. Se basa sobre todo “en el rechazo de la centralización”. ¿Y además de eso? Nada.

Sería estéril tratar de imaginar, poniéndose en el lugar de Lefort, las soluciones positivas que se podrían descubrir en ese “rechazo de la centralización”. Si no nos dice nada es, seguramente, porque nada sabe, y menos aun sabemos nosotros. Pero desde el primer instante puede verse que “el rechazo de la centralización” significa inmediatamente el rechazo de la unidad de la organización y finalmente, en la práctica, el rechazo sin más de la organización, al menos en cuanto se trate de una organización para la acción.

Centralización no significa Comité Central. Centralización significa que el conjunto de la organización funciona aplicando decisiones generales a las materias de interés general. Significa que cada militante o cada célula no definen de forma independiente su política de cabo a rabo, sino que los puntos esenciales de esa política los decide la organización en su conjunto. Cosa que, desde luego, no nos dice todavía nada sobre la manera en que se toman tales decisiones. En una organización burocrática, política o sindical, al igual que en una empresa capitalista, las toma la alta dirección, la cumbre formada por jerarcas inamovibles. En una organización revolucionaria, como un Soviet o un Consejo de empresa, han de ser tomadas por el conjunto de los participantes (democracia directa) y cuando eso no sea materialmente posible, por sus delegados elegidos y revocables. Pero una Asamblea general que vota, un Consejo de empresa, son centralización: deciden por todos y sus decisiones son obligatorias para la minoría.

(....)

En realidad, el problema fundamental de una organización de tipo socialista ya se trate de la organización de la sociedad, ya de una minoría de militantes revolucionarios bajo el régimen de explotación es efectuar el paso de la cooperación dentro de un taller o una célula a la coordinación de las actividades de conjuntos más amplios y que sobrepasan fatalmente el medio inmediato y

la cooperación “elemental”. El problema no es simplemente oponer la “cooperación espontánea” de los obreros al “formalismo de las reglas y la inanidad de los aparatos de dirección”. Como hemos demostrado ampliamente en esta revista, eso es algo que ha hecho ya sobradamente la sociología industrial. *La misión del proletariado es organizar la sociedad de forma socialista allí donde por definición no puede existir la “cooperación espontánea”*. Ese es el terreno en el que vencerá o fracasará la revolución socialista. Nuestra tarea, en cuanto revolucionarios, es mostrar que es posible una organización socialista no sólo del equipo o del taller, sino de la economía, del “Estado”, de la sociedad en su conjunto. Y también, demostrarlo en la práctica, resolviendo el problema de una organización que supere el marco del grupo “elemental” y no negándolo, como hace Lefort.

Cuando, como en el resto del texto citado, se da a entender que fuera de la “cooperación espontánea” no existe nada más que “el formalismo de las reglas y la inanidad de los aparatos de dirección”, se puede creer que se ha llegado al sumum de la visión revolucionaria, cuando precisamente se ha optado, de hecho, por la concepción más burguesamente posible. Porque, como nadie podría pensar ni por un segundo que la coordinación del conjunto de las actividades sociales pueda realizarse mediante la cooperación espontánea de cuarenta millones de individuos, la única solución es precisamente....la construcción de un aparato burocrático de dirección. Podría criticarse su inutilidad, o deplorar su existencia; pero en ambos casos serían lamentaciones sin ningún contenido objetivo. Porque la inevitabilidad de un aparato burocrático de dirección deriva de la manera misma en que se plantea el problema, salvo que se pretenda regresar al “estado de naturaleza” y decretar la descomposición de las sociedades modernas en tribus, dentro de las cuales la cooperación espontánea bastaría para resolver los problemas.

La concepción socialista es precisamente la opuesta: considera que los trabajadores pueden crear, apoyándose en su organización elemental espontánea y yendo más allá de ella, una estructura que englobe el conjunto de la sociedad y sea capaz de dirigirla, una estructura que sea precisamente algo distinto de un aparato de dirección separado. Si eso no fuera cierto, toda la crítica de la burocracia sería mera charlatanería moralizante. Es triste tener que recordar a unos sociólogos que toda discusión sobre la sociedad presupone que la sociedad existe de manera distinta a una yuxtaposición de grupos elementales y una milagrosa coincidencia de cooperaciones espontáneas. Es triste tener que recordar a unos marxistas que la concepción socialista consiste precisamente en rechazar el dilema típicamente burgués entre la cooperación espontánea y los aparatos de dirección.

Ser socialista significa, quizás antes que cualquier cosa, rechazar la idea de que existe un maleficio en la sociedad y la organización como tales; rechazar la falsa alternativa de los Molochs burocratizados y despersonalizados y las verdaderas relaciones humanas reducidas a una decena de personas; creer que está dentro de las posibilidades humanas crear instituciones que puedan comprender y dominar, a escala de la sociedad entera y a la de una organización política.